



# RAINIE

MARGOTTE CHANNING

RAINE

MARGOTTE CHANNING

[www.margottechanning.com](http://www.margottechanning.com)



Copyright © 2019 Margotte Channing  
Todos los derechos reservados.

«Te quiero como no he querido nunca a ninguna otra mujer, y te he esperado como jamás  
hubiera sido capaz de esperar a otra».

RHETT BUTLER en *Lo que el viento se llevó*.

PROFECÍA DEL BERSERKER  
(FRAGMENTO DE LA SAGA NÓRDICA BARJTBÖRG)

... Y algunos hombres pertenecientes al valiente pueblo vikingo nacerán con un berserker\* en su interior, y su alma solo estará completa cuando acepten a su andsfrende en ella.

... Y si se niegan a cumplir con su destino, se reencarnarán en la tierra por tres veces y sus vidas estarán llenas de atroces sufrimientos, hasta que acepten a la mujer que les ha sido destinada.

... Y si continúan negándose a aceptar los designios de Odín, serán enviados a la isla mágica de Selaön, donde servirán como molugs\* al menos durante 500 años.

Y nunca encontrarán la paz.

\*Berserker: espíritu muy agresivo con el que nacían algunos guerreros vikingos que, con el paso del tiempo, terminaban controlando sus mentes llegando a volverlos locos y, en algunos casos, provocando que asesinaran a todos los que les rodeaban. La leyenda dice que ese espíritu solo se calmará si el hombre que lo porta en su interior encuentra a su compañera, lo que ellos llaman su andsfrende.

\*Molugs: extraños seres que habitan en los Bosques Oscuros de la isla mágica de Selaön y que son mitad árboles y mitad hombres. No tienen recuerdos de sus vidas anteriores y su destino es servir 500 años como soldados en uno de los cuatro palacios de la isla.

## ÍNDICE

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[EPÍLOGO](#)

## UNO

—Dame un poco de agua, hija. —Raine cogió la copa y ayudó a su padre a que se incorporara en la cama para que pudiera beber. Durante los pocos meses que llevaba enfermo, se había acostumbrado a anticiparse a sus necesidades sin dejar que nadie más que ella lo cuidara. Quería estar con él todo el tiempo posible, hasta el final.

Después de beber un par de sorbos, Valar apartó la cara, cansado, y se tumbó de nuevo con los ojos cerrados. Su cuerpo, que meses antes era el de un hombre maduro, sano y fuerte, en poco tiempo se había convertido en el de un anciano enflaquecido que parecía mantenerse con vida solo gracias a su fuerza de voluntad. Había amanecido respirando de forma débil y superficial, señal, según el sanador de la aldea de que le quedaba poco tiempo y, aunque ella se había asegurado de que su padre no escuchara su diagnóstico, él sabía que se estaba muriendo.

Ahora, Raine estaba sentada en la cama junto a él, mirándolo, esperando pacientemente a que abriera los ojos. Era una muchacha alta y esbelta, con una hermosa mata de pelo negro heredado de su madre que solía mantener sujeto en una trenza, y unos inteligentes ojos dorados que ahora se veían inusualmente tristes.

Algo recuperado, Valar cogió la mano derecha de su hija y la besó, poniéndola luego sobre su corazón, como había hecho tantas veces con la de su querida esposa. Su voz estaba tan debilitada, tan diferente a lo fuerte que había sido siempre, que solo escucharla hacía que Raine temblara por dentro.

—Has sido la mayor felicidad que me ha concedido la vida, aparte del amor de mi querida Agneta, tu madre. Y no hubiera podido estar más orgulloso de ningún hijo. —Raine sentía cómo las lágrimas acudían a sus ojos, a pesar de que se había prometido no llorar delante de él y Valar sonrió, orgulloso—. Llorar es bueno, al menos eso decía tu madre. Aunque reconozco que yo no le hice mucho caso en eso —bromeó, luego le dio un ataque de tos, sorprendiéndola con lo que le dijo cuando se le pasó—. Recuerda siempre que, solo cuando un berserker ama de verdad, sus ojos cambiarán volviéndose incandescentes, como si detrás de ellos ardiera un fuego abrasador. —Volvió a callarse, cansado.

Ella lo escuchó sin decirle que había decidido tiempo atrás que jamás tomaría como esposo a un berserker, a pesar de que Valar lo era y Raine lo adoraba.

—Padre, ¿por qué siempre besabas la mano derecha de madre y la ponías luego sobre tu pecho, como acabas de hacer con la mía? —Él la miró con cariño.

—Es el gesto que tienen los berserkers para mostrar a sus seres queridos que tienen su corazón en las manos.

Raine no pudo resistirlo más y se echó en brazos de su padre llorando silenciosamente y él intentó abrazarla, pero estaba demasiado débil, por lo que dejó caer los brazos sobre la cama con un suspiro. Con paciencia, esperó a que su pequeña se recuperara, aunque sentía que no le quedaba tiempo y no podía marcharse sin asegurarse de que ella haría lo que le había pedido. Era muy importante.

—Hija, ¿recuerdas lo que tienes que hacer cuando yo muera? —Ella asintió limpiándose las lágrimas y reprochándose el no haberse mantenido serena delante de él, tal y como se había prometido a sí misma.

—Lo siento, padre. —Él la miraba, triste.

—No, hija, ya sé lo difícil que es esto para ti. Recuerda lo que siempre te he dicho: que lo más importante en la vida no se puede comprar, y que tienes que buscar lo que las personas llevan dentro de sí. No te fíes de las apariencias.

Ella lo miró extrañada.

—¿A qué te refieres? —Valar la miró algo preocupado porque su hija era, aunque ella misma no se diera cuenta, demasiado inocente para algunas cosas. Se había convertido en una mujer tan bella que seducía a los hombres sin percatarse, y no era consciente de ello.

—Morten te pretenderá cuando yo me haya ido. No lo hace ahora porque sabe lo que opino de él, pero, cuando yo no esté, estoy seguro de que intentará acercarse a ti.

—¿Morten? —Raine abrió los ojos desmesuradamente—, pero si está viviendo con la hija de un comerciante rico, ¿no lo recuerdas?, nos lo dijo Ivarr cuando volvió de Stavanger de vender los quesos.

Morten era un joven guerrero, mayor que ella, que había vivido en la granja durante dos años para que Valar le enseñara a luchar. La última vez que lo habían visto, hacía tres años, él debía tener veinticinco años y ella dieciséis.

—¡Eres tan inocente!, aún eres una niña en muchos aspectos. —Su padre movió la cabeza con tristeza por no poder seguir protegiéndola durante un tiempo más.

—Padre, ya tengo diecinueve años —contestó cariñosamente— y sé luchar, gracias a ti, tan bien como cualquier hombre. —Su padre no pudo ocultar el orgullo que sentía por ella ya que, aunque nunca lo hubiera imaginado, había resultado ser su mejor alumna.

—Estoy de acuerdo. No en vano te ha enseñado el mejor maestro que se puede encontrar en todo el reino —bromeó.

—O sea, tú.

—Eso mismo. —Otro ataque de tos hizo que se le quitaran las ganas de bromear y cuando se calmó, minutos después, se quedó dormido.

Pero no volvió a despertarse.

La melena negra de Raine brillaba gloriosamente bajo el sol enmarcando su cara pálida, pero bellísima incluso en esa situación. En honor a su padre se lo había dejado suelto y se había puesto su mejor vestido blanco, el color que había que llevar en las ceremonias funerarias. A su lado estaban sus queridos Ivarr y Sif, sus mejores amigos. A él se lo había encontrado Valar años atrás, sin familia y sin hogar y a Sif la había comprado, siendo una niña, al dueño de una taberna, cuando vio que le pegaba.

Al ver que los sepultureros bajaban el cadáver al hoyo donde reposaría el cuerpo de su padre, Raine se tambaleó, pero Ivarr, que estaba a su lado, la sujetó a tiempo por la cintura. Ella se sentía extrañamente ajena a todo, como si aquello le estuviera pasando a otra persona.

—¿Te encuentras bien? —intentó tranquilizarla con un murmullo y volvió a mirar el agujero donde todavía podía ver el cadáver de su padre que habían amortajado las ancianas del pueblo, aunque al principio se habían resistido a hacerlo porque iba a ser enterrado y no quemado como era la costumbre.

Ivarr quiso llevársela a casa cuando empezaron a echar en la tumba las hierbas aromáticas que precedían a la tierra y las piedras, pero ella se negó, decidida a quedarse hasta el final. Se lo debía. Su padre había hecho mucho más que eso por ella, había vivido años sin su madre y sin querer hacerlo, solo porque Raine no creciera sin ninguno de sus padres. Así que aguantó de pie,



mientras sentía que un trozo de su corazón se quedaría siempre con él en esa tumba, fría y oscura.

Cuando todo acabó, Ivarr se encargó de pagar a los sepultureros que habían cavado la tumba junto a la de la madre de Raine, mientras Sif tiraba de ella hacia la carreta en la que habían venido y en la que también transportaron el cadáver de Valar.

—Vamos, Raine.

—Me gustaría quedarme un poco más y ver el mar desde los acantilados. —Su mirada se desviaba hacia allí, estaban solo unos metros más allá de las tumbas, pero Sif no la dejó ir, preocupada porque estaba demasiado pálida y apática y llevaba varios días sin dormir. Necesitaba descansar. Ivarr y ella lo habían hablado y si no se acostaba cuando la llevaran a la granja, le harían beber alguna cosa para obligarla a dormir, aunque no quisiera.

La prueba de que no estaba bien fue que se dejó llevar por la pequeña Sif a la que sacaba más de una cabeza, hasta la carreta sin quejarse y tampoco rechistó cuando la ayudó a subir. Sentadas, esperaron a Ivarr, que apareció poco después.

Sif había sentado a Raine para que fuera delante con Ivarr y ella lo hizo atrás, como hacía siempre dada su condición de sirvienta. Y de esa manera, recorrieron el camino de vuelta a casa.

Al final no hizo falta que la convencieran para que descansara porque se quedó dormida en la carreta, sobre el hombro de Ivarr. Cuando llegaron a la casa, él la cogió en brazos y la llevó a su habitación, y se marchó para que Sif la metiera en la cama. Cuando entró en el salón que había construido Valar para su familia muchos años atrás con sus propias manos, miró triste, a su alrededor, porque él también había perdido al hombre que había sido un padre para él desde hacía más de diez años.

Valar lo había encontrado tirado en un camino cuando volvía de una de las guerras en las que había luchado con el ejército del rey, muy lejos de allí, hambriento, helado de frío y abrazado a la espada de su difunto padre, buscando a alguien que lo enseñara a pelear. Valar, después de hablar con él, le dijo que no le enseñaría a pelear, pero que necesitaba a un muchacho como él que le ayudara en las tareas de la granja.

Con el tiempo se dio cuenta de que nunca había necesitado a nadie porque la granja era pequeña y Valar se bastaba para realizar el trabajo, pero fue la manera que se le ocurrió para ayudar a un muchacho de quince años que andaba perdido por los caminos, y que no tenía ningún hogar al que volver.

—Creo que dormiré bastantes horas. —Ivarr miró a la querida Sif, que se estaba limpiando algunas lágrimas que debía haber aguantado hasta salir de la habitación de Raine.

Era bajita y pelirroja y resultaba bastante extraño verla llorar porque siempre tenía una sonrisa en los labios. Su pregunta hizo que volviera a la realidad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Mientras hablaba con él, le acercó un poco de la comida fría que había dejado preparada esa mañana, sabiendo que hoy todos tendrían hambre, ya que el día anterior ninguno de los tres había probado bocado. Él cogió un trozo de carne con los dedos y se encogió de hombros antes de contestar.

—No lo sé. Ahora no puedo marcharme. —Sif se mordió el labio inferior, intentando hacerse el suficiente daño para no ceder a las lágrimas.

—Lo sé.

—¿Sabes qué va a hacer ella? —Señaló con la barbilla la habitación de la mujer de la que siempre había creído estar enamorado, pero, desde hacía unos meses había empezado a dudar de esa certeza y decidió marcharse lejos durante una temporada, hasta estar seguro de lo que sentía. Claro que ahora no podía irse.

—No, no hemos hablado sobre eso. No creo que lo haya pensado todavía.

—Pero tú la conoces mejor que nadie, incluso mejor que su padre, ¿qué crees que hará?, ¿se quedará en la granja? —Ante su insistencia, Sif ladeó la cabeza y lo miró con unos sagaces ojos grises, pequeños y redondos.

—No lo sé, no creo que ni ella misma lo sepa. Pero estoy segura de una cosa: que lo primero que hará será cumplir la promesa que le hizo a Valar: ir unos días a casa de su amigo, el que trabaja en la catedral de Stavanger. Tiene algo que ver con su herencia, al parecer, Valar lo dejó todo dispuesto para que no tuviera más remedio que ir allí.

—Puedo acompañarla. —Sif lo miró apenada y, aunque no dijo nada, su silencio fue suficiente y al ver su rostro, él mismo se contestó—: Pero ella no querrá que lo haga.

—No. Ya la conoces, ni siquiera quiere que yo la acompañe. Creo que necesita estar un tiempo sola. Estos últimos meses en los que su padre ha estado enfermo han sido muy duros para ella. Ha tenido que ver cómo se iba convirtiendo en la sombra de lo que había sido. —Respiró hondo porque no podía derrumbarse, Raine la necesitaba entera. Cuando se fuera de viaje, podría llorar a gusto, pero mientras tanto, no.

—Eres la mejor amiga que podría tener —Ivarr repitió lo que le había dicho muchas veces antes.

Sif intentó observar a Ivarr objetivamente, a pesar de sus sentimientos por él. Era un hombre musculoso gracias al trabajo en la granja y al entrenamiento al que lo había sometido Valar durante años, porque finalmente había cedido y lo había entrenado. Y para ella era muy atractivo, alto, rubio y con unos chispeantes ojos verdes. También era muy reservado, tanto, que con la única con la que se sinceraba del todo era con Sif.

Lo triste era que ella estaba enamorada de él como una loca desde que lo conoció, siendo una niña, aunque ahora sabía que nunca habría nada entre los dos.

Ivarr, ignorante de los pensamientos de ella, decidió preguntarle algo sobre lo que tenía mucha curiosidad.

—Raine no me ha dicho qué pasó la noche de la muerte de Valar.

Sif respiró hondo para poder hablar:

—Dice que estuvo hablando como si supiera que ya no le quedaba tiempo, dándole todo tipo de consejos sobre la vida. Le dijo que estaba muy orgulloso de ella y que solo le pedía una cosa: que fuera feliz. También le recordó lo que tenía que hacer cuando muriera. —Ivarr admiraba la fortaleza que siempre había mostrado Valar.

—Ningún padre habla así a su hija.

—Tampoco ninguno le enseña a pelear con todas las armas conocidas, pero es que ningún otro padre es el guerrero más famoso que ha tenido nuestro ejército.

—Cierto. Era un hombre extraordinario y su hija también lo es.

—Valar siempre decía que Raine estaba llamada a hacer grandes cosas, pero que él solo deseaba que ella encontrara a la persona que la complementara, como a él le había ocurrido con su madre.

—A pesar de la fama que tienen los berserkers de que siempre mueren jóvenes, ha muerto con una edad avanzada. —Sif lo miró con el ceño fruncido y él levantó las manos en son de paz.

—¡Eh!, que no lo critico, ¡sabes que yo lo quería como a un padre!, solo digo que, según se cuenta, casi todos los berserkers suelen morir jóvenes y locos.

—Ya. —Sabía perfectamente que Ivarr lo quería, pero, a veces, tenía la sensación de que no aceptaba del todo su naturaleza como berserker.

—Él no eligió ser un berserker —le regañó y él inclinó la cabeza, reconociendo su error.  
—Lo sé.

La isla cada vez le parecía más pequeña y llevaba tiempo sintiendo que la oscuridad crecía dentro de él, y no quería que nadie más que él se viera afectado por su locura. Desde fuera, sin embargo, cualquiera que lo mirara solo vería a un hombre grande y musculoso, un gigante de casi dos metros de pelo y ojos oscuros, que disfrutaba observando cómo las olas lamían la playa. Estuvo casi media hora inmóvil, mirando el mar, sin decidirse a volver a la casa que compartían los siete berserkers, los únicos habitantes de la isla. De repente notó una mano en el hombro que sabía a quién pertenecía, porque no había perdido la vieja costumbre adquirida en el ejército de estar siempre en guardia.

—Llevas aquí mucho tiempo.

Se dio la vuelta para mirar a su amigo a la cara. Hacía semanas que había notado que Lars estaba preocupado por él, pero no podía hacer nada por evitarlo.

—Solo estaba mirando el mar. —Lars sonrió irónicamente, lo que arrugó de manera siniestra la mitad quemada de su rostro, que provocaba un escalofrío en la mayoría de la gente cuando la veía.

Lars había sido un hombre extraordinariamente apuesto, pero, cuando se le quemó la cara, su vida cambió. Hasta que encontraron la isla, Wulf y él habían recorrido muchos pueblos sin encontrar un lugar donde vivir, por la reacción de la gente al ver su rostro.

—Yo pensaba que, a estas alturas, lo tendrías muy visto.

—¿Ya lo tienes todo preparado? —Wulf estaba deseando que se marchara, precisamente porque era la persona que mejor lo conocía.

—Si te refieres a las dos arpas, sí. Las he envuelto con paños como hago siempre, para que no se dañen durante el viaje. Mañana viene el barco que las llevará a la costa y Ragnar va a dejar una carreta en la playa para que pueda entregarlas en la ciudad.

Ragnar era el jarl de toda la región. Era un berserker que había luchado en el ejército junto a ellos, y que había cedido la isla con la idea de crear un refugio para todos los berserkers que no tuvieran otro lugar adonde ir.

Wulf seguía mirando las olas como si estuviera hipnotizado por ellas, y Lars se cansó de esperar que le prestara atención.

—Y, hablando de eso... si ya has mirado suficiente rato el mar, me gustaría hablar contigo. —Lars tenía que llevar dos arpas que acababa de terminar de fabricar. Había demostrado ser un gran artesano elaborando y tocando el arpa vikinga y tenía encargos de diferentes lugares del reino, incluso de otros países. Wulf contestó a su amigo volviéndose para mirarlo fijamente, sin saber qué esperar. Con Lars nunca se sabía, pero no le daba buena espina, por lo que intentó distraerlo.

—Imagino, al ver lo parlanchín que estás, que hoy tampoco tienes jaquecas y me alegro por ello, amigo. —La sanadora Ölisse, la mujer de Aren, otro amigo soldado, había conseguido curarle los fuertes dolores de cabeza que padecía y que no lo dejaban dormir, pero Lars no tenía ganas de hablar acerca de eso. Estaba demasiado preocupado por su amigo y no iba a dejar que lo apartara de su objetivo.

—Quiero pedirte un favor. Que vayas en mi lugar. —Wulf lo miró, muy sorprendido.

—¿Por qué?, nunca has dejado que nadie más que tú entregue tus arpas.

—Porque necesitas salir de la isla más que yo.

—¿Qué dices? —Como no supo qué responder, utilizó el argumento que solía funcionarle

habitualmente—: Aunque fuera así, no puedo marcharme. Tengo un compromiso con Ragnar y con todos los que estáis aquí. —Lars se acercó de nuevo a él y le puso la mano derecha en el hombro, decidido a sincerarse.

—Wulf, siento el vacío en tu interior y he visto cómo te alejas cada vez más de mí, y de todos. Te confieso que te he seguido alguna vez cuando sales de madrugada para observar el mar, como estabas haciendo hace un momento, y temo por ti. —Los ojos azules de Lars lo miraron con cariño, algo que reservaba a muy pocas personas. Para aligerar el momento, le dio un golpe amistoso en la espalda—. ¡Vamos, di que sí!, así podrás ver a Otkala, hace mucho que no vas a visitarla, ¿verdad?

—No te preocupes tanto por mis asuntos —bromeó, aunque solo a medias—, estoy bien, hermano. Además, sé cuánta ilusión te hacía ver cómo colocaban las arpas en la catedral, ¡pero si llevas semanas hablando sobre eso! —Lars se encogió de hombros, quitándole importancia—. No puedo robarte ese momento.

—No me estás quitando nada, porque te lo ofrezco yo. En cuanto a tu trabajo dirigiendo todo esto, te sustituiré yo. No te preocupes. —Wulf se rio hasta que vio que lo miraba muy serio y con los brazos cruzados, entonces, carraspeó y dejó de reírse.

—Perdona, pero creía que era una broma.

—Pues no, he decidido sustituirte hasta que vuelvas. Vamos, confía en mí, ¿qué puede ir mal? —Los dos sonrieron divertidos porque con tantos berserkers juntos, todo podía irse a pique en un momento.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. En otra ocasión, quizás. —Viendo que no iba a ceder, Lars decidió ser totalmente sincero.

—Wulf, no me hagas decir en voz alta lo que sé que estás pensando cada vez que miras el mar. —Su amigo se separó bruscamente de su lado y le dio la espalda, volviendo a la misma posición que tenía antes, cuando lo había encontrado.

—¡Maldita sea, Lars!, ¡no te metas en mi vida! —masculló entre dientes sin mirarlo—. ¡Tengo derecho a tener algo de intimidad, además, cualquiera de nosotros al que le preguntes ha tenido un momento malo y no pasa nada!

—Ya, pero en ti cada vez son más frecuentes y eso es por algo, los dos lo sabemos —esta vez la voz de Wulf le provocó un escalofrío.

—Está bien —de nuevo se volvió hacia él, y en sus ojos Lars pudo ver el tormento que sentía—, cada día noto avanzar la oscuridad, pero yo no permitiré que controle mi mente hasta volverme loco y haceros daño a cualquiera de vosotros. —Lo miró—. Y tú harías lo mismo.

—Es verdad, por eso creo que tienes que entregar tú las arpas y yo debo quedarme aquí. Te vendrá bien y solo serán un par de días.

—No.

—Sí.

Cuando empezaban así, ninguno de los dos solía ganar, pero en esta ocasión Lars no cedió, manteniéndose firme y Wulf, al final, no pudo negarse a hacer lo que le pedía, porque nunca podría olvidar que la horrible cicatriz que deformaba la mitad del rostro de su amigo, la tenía porque recibió en su lugar un caldero de aceite hirviendo. Cuando intentaban conquistar un castillo luchando en el ejército del rey, Lars se puso delante de él para protegerlo y, por ese acto de valentía y amistad, siempre tendría la cara desfigurada.

El favor que le estaba pidiendo de que entregara las arpas en su lugar, no era nada a cambio, de modo que aceptó.

## DOS

Raine dejó la granja una semana después de la muerte de su padre, dispuesta a cumplir cuanto antes la promesa que le había hecho antes de morir. Se había vestido como lo hacía cuando tenía que luchar o montar, con la ropa especial que cosía Sif para ella, y que consistía en unos pantalones y una camisa larga que ajustaba a su cadera con un cinturón del que solía llevar colgada su espada, aunque ahora llevaba solo una daga porque la espada, para ir más cómoda, iba sujeta a la silla de montar. Además, se abrigaba con una capa corta de piel porque estaban en pleno invierno.

Cuando llevaba unos minutos al trote, se desvió en dirección al mar en lugar de coger el camino de Stavanger, y poco después llegaba al lugar que quería visitar. Dejó a Abacur pastando libre y se aproximó a las dos tumbas que había junto a los acantilados de Pelendur, emocionada. Su padre siempre le había dicho que, cuando muriera, quería que lo enterraran junto a su esposa, y le había recordado esa petición pocos días antes de morir.

Al llegar frente a las dos tumbas, se dejó caer de rodillas sobre la espesa hierba mojada que cubría aquel mágico lugar, excepto la tumba de su padre que era demasiado reciente. Colocó las manos sobre cada una de las piedras que anunciaban que allí había dos cuerpos enterrados, y cerró los ojos recordando a Valar tal y como le había prometido que haría, cuando todavía estaba sano y disfrutaba de la vida. Desgraciadamente, de su madre no tenía recuerdos, pero su padre le había enseñado a quererla, por lo que inclinó la cabeza y su larga trenza negra bordeó su cuello colocándose sobre su hombro, mientras pedía a los dioses que los dos estuvieran juntos.

—Padre, espero que estés junto a madre y que los dos seáis felices por fin. Te echo mucho de menos y lo haré siempre, pero sé que tu mayor deseo era estar junto a ella y que, si yo no hubiera existido, te habrías ido mucho antes. Te quiero.

Levantó la cabeza y miró la piedra de la tumba de su madre, desgastada por Valar porque la tocaba siempre que iban a visitarla, al menos una vez a la semana. Y mientras duraban las visitas, insistía en acariciar la fría piedra con la mano, como si pudiera encontrar el tacto de su andsfrende allí.

Raine, cuando fue más mayor, dejó de ir con él ya que le parecía que ese momento debía de ser solo de su padre. Pero ahora, puso su mano sobre la piedra, como tantas veces le había visto hacer a él.

—Madre, cuando te fuiste yo era demasiado pequeña y no te recuerdo, pero padre me ha contado muchas veces lo feliz que te sentiste cuando yo nací —se quedó mirando el mar, escuchando el fuerte sonido del oleaje mientras ordenaba sus ideas—, y ahora te pido que cuides de él, como padre ha hecho conmigo.

Se levantó ágilmente y volvió a mirar los pesados cantos que cubrían las tumbas, sintiendo un frío glacial dentro de ella al darse cuenta de que estaba totalmente sola en el mundo, solo tenía a Sif y a Ivarr que eran dos buenos amigos, pero nada más. Entonces, inesperadamente, sintió una ráfaga de aire cálido, extraño en un día invernal como ese que le había obligado a ir muy abrigada, y sonrió al recordar que su padre le había prometido que siempre estaría con ella.

—Voy a cumplir la promesa que te hice, padre. Estoy deseando saber qué sorpresa me preparaste en Stavanger con tanto secreto. Volveré pronto a veros.

Se acercó al borde de los acantilados negros y miró la playa que había debajo, a unos cien metros, y a la que solo se podía acceder con barco. Cerró los ojos y dejó que el viento que ululaba entre las rocas recorriera su cuerpo empujándolo hacia atrás, y volvió a mirar el mar grisáceo; y las olas, salvajes y llenas de espuma, la hipnotizaron durante unos minutos. Siempre le había gustado ese espectáculo, el de la naturaleza en todo su esplendor, desde que por primera vez su padre la había llevado allí siendo una niña. Respiró de nuevo el aire salvaje que llegaba del mar y, con una última mirada a las dos tumbas, se dirigió a su caballo.

Wulf llevaba un rato manejando la carreta de camino a la villa de Stavanger, cuando se dio cuenta de que se alegraba de haber aceptado la proposición de Lars. Aunque nunca lo reconocería ante él porque se creería todavía más listo de lo que era, lo cierto era que sentía que podía volver a respirar por primera vez desde hacía meses.

Su amigo tenía razón, había cambiado mucho en poco tiempo, tanto, que casi siempre se sentía lleno de ira y en ocasiones le costaba pensar sin dejarse llevar por la cólera, aunque procuraba que nadie lo notara y por eso intentaba pasar el mayor tiempo posible solo. Pero Lars se había dado cuenta y temía que estuviera empezando a sufrir la «locura del berserker» algo que tarde o temprano les terminaría pasando a todos ellos. O al menos eso creían hasta el año anterior. Hasta entonces, Wulf creía que ese, como el de todos los berserkers, era su destino. Pero un día recibieron en la isla la visita de Aren, un antiguo soldado berserker como ellos, acompañado de una sanadora, Ölisse, que fue la que ayudó a Lars con sus jaquecas.

Aren les había contado lo que él mismo había descubierto, que había una manera de evitar el trágico final al que los berserkers estaban destinados desde su nacimiento, y era encontrar a la compañera que tenían asignada, su andsfrende. La única para ellos. Después, Ragnar, el amigo que les había cedido la isla, les confesó que él había visto cómo Ölisse había conseguido calmar a Aren en pleno ataque de locura, algo inconcebible para todos hasta entonces.

Wulf siempre estuvo seguro de que no llegaría a viejo, por eso había disfrutado de la vida todo lo que pudo. De hecho, había una mujer en Stavanger, Otkala, a quien solía visitar cuando iba por allí y a la que pensaba volver a ver en cuanto entregara las arpas. Le gustaba la vida, pelear, las mujeres y comer y beber con los amigos, pero después de la historia de Aren y Ölisse y de que Ragnar, meses después, les dijera que también había encontrado a su andsfrende, se convenció de que era verdad, que existía una mujer destinada a cada uno de ellos, aunque puede que él hubiera tardado demasiado tiempo en buscarla.

Inhaló profundamente al percibir el olor que le había traído una ráfaga de viento y enarcó las cejas, lanzando un gruñido involuntario, luego, sacudió las riendas de los dos caballos que tiraban de la carreta para que fueran lo más rápido posible.

—¡Vamos, muchachos, deprisa! Parece que alguien necesita nuestra ayuda.

Sintió que algo importante estaba a punto de pasar y su corazón se aceleró, sin razón alguna, cada vez más. Impaciente por conocer a quien su intuición le decía que encontraría poco después, volvió a animar a los caballos para que fueran más deprisa, después de echar una mirada a las dos arpas para asegurarse de que no corrían peligro.

Raine refrenó a Abacur hasta ponerlo al paso al ver a dos hombres en medio del camino cuyo aspecto dejaban mucho que desear. Imaginándose lo que buscaban, chasqueó la lengua y movió la cabeza sin asustarse lo más mínimo, acostumbrada a enfrentarse a peores enemigos gracias a su padre. En ocasiones había peleado contra él e Ivarr a la vez y, aunque no había podido vencerlos,

sí había conseguido ser una buena contrincante durante largo rato. Estaba segura de que los dos malhechores que acechaban en el camino para asaltar a los incautos no serían tan diestros como su padre, o como Ivarr.

Uno de ellos era bajito, bizco y muy delgado, mientras que el otro era un gigante que parecía tan fuerte como un buey. Hacía mucho tiempo que no venía a la ciudad acompañando a su padre, pero nunca se habían encontrado salteadores en el viaje, y tampoco había oído de nadie más que le hubiera pasado. Pero lo que era seguro era que los dos salteadores que ahora la miraban con una mezcla de lujuria y maldad, no estaban allí para darle los buenos días. No iba a darles su dinero y mucho menos su caballo, así que se apeó unos cuantos metros antes del lugar donde ellos esperaban de pie y, decidida a divertirse, cogió su bastón y dejó la espada, casi segura de que no le haría falta. Además, si era necesario, tardaría solo unos segundos en cogerla.

—Mira, Brön, qué muchacha más guapa, hemos tenido suerte —parecieron sorprendidos al verla coger el bastón, pero en modo alguno asustados, al contrario—, además de llevarnos su caballo y todo lo que tenga de valor, estoy seguro de que podremos convencerla para que también sea cariñosa con nosotros antes de que nos marchemos.

El grandote se rio a carcajadas como si su compinche hubiera dicho algo muy gracioso, mientras se le caía la baba entre los agujeros de los pocos dientes negros que le quedaban, provocando que a Raine se le revoliera el estómago. Los dos llevaban unas espadas cortas y curvadas llamadas Hrujg que solían utilizar los piratas cuando asaltaban los barcos de sus víctimas, porque eran muy manejables y estaban bastante afiladas.

Raine se acercó a ellos después de ordenar a su caballo que no se moviera y asentó con firmeza los pies en el suelo, luego los miró, alternativamente y, con actitud desafiante, dijo:

—Apartaos de mi camino u os arrepentiréis. Os aviso de que no habéis elegido a la víctima adecuada. —Sonrió, enseñando un par de hoyuelos que dejaron a los dos hombres sin palabras durante unos segundos, incapaces de conjugar la visión de una joven tan bella y aparentemente delicada, que había colocado el cuerpo en posición de ataque y que tenía un largo bastón en la mano que sujetaba como si fuera una espada.

El bizco decidió tomárselo a risa.

—Pero ¿qué dices, mujer? Nosotros somos dos y mira el tamaño de mi amigo. —Brön, el que parecía un buey gruñó con fiereza, algo que debía hacer habitualmente para amedrentar a sus víctimas, pero Raine estaba acostumbrada a los rugidos de su padre cuando se enfadaba, y el sonido de este pobre, a su lado, parecía el maullido de un gatito mimoso.

—¿Con ese ronroneo pretendes asustarme? —El bizco bizqueó más aún, enfadado al ver que se lo tomaba a broma y Raine amplió su sonrisa sintiendo que se iba a divertir de verdad.

—¡Te vas a enterar! ¡Vamos, Brön!

Atacaron a la vez, sabiendo que esa era su baza más importante, con las Hrujg levantadas para golpear el bastón y conseguir que lo dejara caer, pero Raine lo cogió entre los dedos de su mano izquierda y comenzó a hacerlo girar, cada vez más deprisa hasta que ya no se veía el bastón con claridad, solo una sombra, mientras se escuchaba el zumbido que emitía la madera al girar con tanta velocidad.

Ellos se detuvieron, asombrados, porque no habían visto nunca algo parecido y ella aprovechó ese momento y recogió el palo con su mano derecha, lo agarró con firmeza y, produciendo un extraño silbido al cortar con él el aire, se lo clavó en el vientre al ladrón que parecía ser el jefe y que cayó de rodillas; luego, saltó, dando una vuelta completa en horizontal para evitar el ataque del buey y, lanzando a la vez la madera varios metros hacia el cielo, la recogió al aterrizar de

nuevo sobre sus pies y, empuñando el arma de nuevo, propinó al gigante un fuerte golpe en el hombro derecho que lo desarmó y otro en el vientre que hizo que el buey cayera también al suelo, junto a su amigo, entre fuertes gemidos de dolor.

El grandote se recuperó antes que el otro y, levantándose, enseñó los dientes a Raine que ya estaba preparada y deseando tener otro asalto, pero los dos se distrajeron de la pelea al escuchar que se acercaban unos caballos al trote. Raine cogió a Abacur por la brida para apartarlo a un lado del camino, mientras observaba por el rabillo del ojo cómo el buey agarraba a su amigo y lo levantaba para apartarlo del paso del carro que ya se veía a lo lejos. Luego, lo tumbó en el suelo con cuidado, frente a ella y por la mirada que le lanzó, estaba deseando volver a la pelea. Además, el bizco aprovechaba el momento para decirle algo en voz baja, y seguro que no era nada bueno.

Ella sonrió mostrándoles de nuevo los hoyuelos y deseando también continuar la pelea. Hacía demasiado tiempo que no entrenaba y, aunque estos dos no eran demasiado diestros, se estaba divirtiendo.

El carro ya estaba lo suficientemente cerca como para ver que estaba dirigido por un corpulento hombre de pelo oscuro que, al verla, comenzó a tirar de las riendas para detener los caballos. Ella enarcó una ceja al verlo, esperó que no viniera a aguarle la fiesta.

El buey y el bizco también miraban mal al recién llegado, comprobando que frenaba el carro a pocos metros de ellos y que se los quedaba mirando. El desconocido, en cuanto el carro se detuvo, saltó al suelo ágilmente y caminó hasta Raine con aparente despreocupación, aunque ella se dio cuenta de que no dejó de vigilar a los ladrones en ningún momento.

—Hola. —Su mirada era penetrante—. ¿Necesitas ayuda? —Parecía estar deseando poder dársela.

—No, gracias —había algo en él que no le gustaba, aunque no sabía qué era. Era muy alto y musculoso, como había sido su padre y a su lado el buey era un saco gigantesco de grasa—, pero, por supuesto, te agradezco el ofrecimiento.

Él pareció confuso al escuchar su respuesta y volvió la cabeza para mirar fijamente a los dos hombres que esperaban pacientemente, espada en mano, para continuar con la pelea. Al parecer, el bizco se había recuperado y volvía a tener ganas de guerra.

—¿Acaso esos dos no quieren asaltarte? —Ella se encogió de hombros con desprecio, como si no tuvieran ninguna importancia, pero al ver que él no se movía, se lo aclaró.

—Sí, pero que lo consigan, es otra cosa. —No quería ser grosera con él porque parecía que su intención era ayudarla, pero deseaba que se marchara y la dejara seguir con sus asuntos—. Mira, muchas gracias, pero, por favor, sigue tu camino. Estos... amigos y yo tenemos cosas que solucionar. —Él estaba atónito y, colocando las manos en las caderas, se quedó mirándola fijamente.

—¿Quieres decir que vas a pelear contra ellos?

—Sí, solo estamos esperando a que te vayas. —Hizo un gesto con la mano, señalándole el camino para que lo hiciera.

—Está bien. No me iré, pero podéis empezar cuando queráis. —Movió la mano derecha haciendo un gesto para que siguieran con la pelea, retirándose un par de pasos.

Wulf decidió que se quedaría, dijera lo que dijera la mujer. A pesar de lo segura que parecía, podría necesitar su ayuda.

Raine estuvo a punto de seguir discutiendo, pero había perdido demasiado tiempo y aún tenía que llegar a la ciudad y buscar al amigo de su padre. Entonces, con el ceño fruncido, le hizo una



última advertencia.

—No te metas en esto. Son míos. —Él asintió absorto en el brillo de sus ojos dorados, aunque apretó la mandíbula al hacerlo, como si esa decisión fuera en contra de sus principios.

Ella, al ver que por ese lado no tenía nada que temer, volvió a prestar toda su atención a los dos ladrones y caminó hasta situarse en el centro del camino, levantando el bastón y colocando su cuerpo en posición. Ellos estaban preparados y volvieron a atacar a la vez; en esta ocasión, Raine paró el golpe del pequeño, le hizo una finta y se colocó a su espalda antes de que pudieran reaccionar, entonces, con un movimiento horizontal, les dio un fuerte bastonazo a cada uno de ellos en el costado, lo que les hizo soltar las Hrujg y, sin darles tiempo a recogerlas, volvió a colocarse rápidamente ante ellos y les bastoneó con toda la fuerza que pudo en la entrepierna, lo que provocó que se derrumbaran al suelo gimiendo de dolor.

Al ver que ya estaban incapacitados, se volvió y descubrió que el desconocido había observado toda la escena y ahora la miraba entrecerrando los ojos y le preguntó, suspicaz:

—¿Quién eres tú? —Ella continuó andando hasta Abacur sin contestar y lo acarició porque se había portado muy bien si moverse del sitio, y con un diestro movimiento, dejó el bastón en la funda que colgaba pegada a la silla, donde lo llevaba siempre. Luego se volvió hacia el desconocido.

—Raine, ¿y tú? —Él siguió mirándola fijamente durante unos segundos, poniéndola un poco nerviosa, aunque intentó que no se notara.

—Wulf. ¿Y hacia dónde te diriges? —A Raine no le gustaba dar explicaciones y menos a un desconocido, pero su silencio solo consiguió que él sonriera, sintiendo su desconfianza—. Bueno, como el siguiente pueblo es Stavanger, imagino que vas a pasar por allí y como da la casualidad de que yo también me dirijo al mismo sitio, podemos hacer el resto del viaje juntos.

Ella aprovechó para subir a su caballo de un salto, volviéndolo a dejar estupefacto porque había visto a muy pocos hombres montar con tanta soltura y, con las bridas agarradas con pericia, contestó con una sonrisa burlona:

—Lo siento, pero tengo prisa y con el carro no podrías seguir el ritmo de mi caballo. —Le echó una última mirada y otra a los dos ladrones, que en ese momento se internaban en el bosque que había a ambos lados del camino. Por fin, inclinando la cabeza, se despidió—: Adiós, Wulf.

Sin darle tiempo a contestar, azuzó a Abacur que salió al galope, feliz porque estaba deseando correr, y dejó a Wulf en medio del camino deseando no haber venido conduciendo un carro, sino su propio caballo. Ahora tendría que encontrarla en una ciudad en la que debían vivir cientos de personas. Pero no tenía ninguna duda de que lo haría, esa muchacha era demasiado interesante como para no buscarla por toda la ciudad si fuese necesario. Y eso que jamás habría creído que se sentiría tan atraído por una Skjaldmö\*.

\*Skjaldmö: mujer guerrera vikinga que dedicaba gran parte de su vida a aprender a luchar, utilizando todas las técnicas del combate, tal y como haría cualquier hombre.

## TRES

Wulf tardó más de media hora en llegar a Stavanger, pero no tenía prisa, una vez que la muchacha había desaparecido de su vista. Aunque estuviera deseando seguir su pista, no lo haría hasta que cumpliera con el encargo de Lars: lo primero ahora era entregar las dos arpas.

Entró por la puerta oeste de la empalizada detrás de un par de soldados que iban a caballo y se encontró, como todos los que accedían por esa puerta de la ciudad, con los tenderetes que los campesinos ponían diariamente para vender sus productos: frutas, verduras, pan o dulces, y hasta animales vivos, como conejos y gallinas, y cuando atravesó el improvisado mercado, giró a su izquierda por una de las estrechas callejas alfombradas de adoquines a punto de llegar a su destino.

Raine se bajó de Abacur y lo ató porque había demasiada gente por la calle y no quería que se asustara y huyera; luego, entró en el monumental edificio que se estaba terminando de construir mirando hacia arriba, asombrada por su altura y es que, a pesar de que había visitado la ciudad varias veces con su padre, nunca la había llevado a ver la catedral. A su izquierda, un artesano estaba esculpiendo lo que parecía una cabeza de dragón en un bloque de piedra tan grande como él y se acercó para hablar.

—Buenos días. —A pesar de la firmeza de sus manos, era un anciano que la miró sorprendido —. ¿Sabe dónde está Gerhard? —El hombre, sin decir una palabra, señaló con su cincel el fondo de la nave—. Gracias.

Caminó despacio hacia allí, disfrutando de la grandeza de la construcción y de los vitrales que dejaban pasar la luz cambiándola de color nada más atravesarlos, que representaban diferentes escenas desconocidas para ella. Cuando llegó al final de la nave, después de atravesar las dos hileras de bancos de madera que esperaban relucientes la inauguración del edificio, todos los trabajadores se habían quedado parados y susurraban entre ellos, mirándola fijamente. Raine, al verlos, pensó que seguramente sería la primera vez que veían una mujer con pantalones. De repente, un hombre de unos cuarenta años, corto de estatura y pelirrojo, entró por una puerta disimulada en la pared que había a su izquierda, y se sorprendió al ver que los trabajadores no hacían nada.

—¿Qué ocurre? —Como todos miraban hacia donde estaba Raine, se giró hacia allí extrañado y se sorprendió al ver a una hermosa muchacha que parecía fascinada observándolo todo—. ¡Todos a trabajar! ¡No se os paga por estar parados! —su grito consiguió que volvieran al trabajo, mientras él se acercaba a la desconocida.

Ella se quedó quieta mirándolo con curiosidad, deseando saber qué tenía aquel hombre para que su padre hubiera depositado tanta confianza en él. Cuando se detuvo ante ella con una mirada interrogante, ella le preguntó:

—¿Eres Gerhard?

—Sí.

—Soy Raine, la hija de Valar. —Él se quedó boquiabierto durante unos instantes, después sonrió y la abrazó paternalmente, teniendo que agacharse ella para que pudiera hacerlo porque le sacaba una cabeza.

—¡Qué alegría conocerte, por fin!, tu padre lleva años diciéndome que en la siguiente ocasión que viniera a la ciudad, te traería para que nos conociéramos. —Su abrazo consiguió que se sintiera bienvenida, hasta que Gerhard retrocedió y comenzó a mirar a su alrededor—. ¿Y tu padre?, ¿dónde está? ¿No ha venido contigo? —Su sonrisa se borró cuando vio la expresión de Raine.

Se dio cuenta de que los trabajadores estaban pendientes de ellos y la cogió del brazo con suavidad, llevándola hacia la puerta por la que había salido él unos minutos antes.

—Ven conmigo, hablaremos más tranquilos aquí.

Entraron en una pequeña habitación donde había una mesa llena de documentos que parecía ser su lugar de trabajo. Gerhard quitó un montón de papeles de una de las dos sillas que había junto a la mesa para que se quedara libre.

—Siéntate, por favor. —Cuando los dos lo hicieron, volvió a dirigirse a ella—: ¿Qué ha pasado?

—Se puso enfermo hace unos meses —respiró hondo antes de seguir—, y hace diez días... no se despertó.

—Lo siento mucho. Parece mentira. —Suspiró—. Era un hombre tan fuerte..., yo siempre había creído que moriría antes que él, por eso cuando hace un par de años me pidió que le guardara unos documentos que tú vendrías a buscar cuando él muriera, le dije que buscara a otra persona porque mi salud nunca ha sido buena. Pero ahora me doy cuenta de que sabía lo que hacía.

—Estoy segura de que él ha aguantado hasta que yo he sido mayor, porque desde que murió mi madre, nunca había vuelto a ser feliz, la echaba mucho de menos.

—Lo sé —asintió, con gesto triste porque eso era algo que Valar le había dicho varias veces, que solo seguía vivo por su hija.

—¿Cómo os conocisteis? —No quería insultarlo, pero no parecía un guerrero—. ¿Tú también estuviste en el ejército? —Él movió la cabeza, divertido.

—No, fue por casualidad. Tu padre me ayudó un día que vino a la ciudad hace tres años. Coincidimos en el puerto, yo había ido acompañado por dos hombres a recoger una mesa de marquetaría que había encargado para el altar, pero mi caballo, cuando empezamos a subir la cuesta que hay a la salida del puerto, se negó a seguir andando. —se encogió de hombros, aun sin entenderlo—. Puede que llevara demasiada carga o que estuviera cansado, no lo sé. El caso es que empezó a llover a cántaros y tu padre pasó montado en su caballo a nuestro lado y nos vio intentando tirar del caballo sin conseguir que el animal se moviera ni un poco, entonces, se paró y bajó a ayudarnos. Desde entonces, siempre que venía a la villa a traer cosas de la granja, se acercaba a verme y, a pesar de lo diferentes que éramos, nos hicimos amigos. Yo creo que nuestras vidas habían sido parecidas en algunos aspectos, verás, a los dos nos gustaba recordar a nuestras mujeres y ambos teníamos una hija que se había quedado sin madre. Así que, como ves, al final teníamos mucho sobre lo que hablar. —Sonrió—. Hace un año me entregó unas cuantas cosas para que las guardara y me dijo que tú vendrías a por ellas cuando él muriera.

—Y a mí me hizo prometer que vendría a verte. —Esperaba que Gerhard pudiera darle algunas respuestas, pero no dijo nada.

—Puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que necesites, Raine. Estoy seguro de que a mi niña le encantará conocerte.

—¿Pero tú sabes por qué quería que viniera...? —Se detuvo en mitad de la frase porque los interrumpió una voz grave, que le resultó conocida y se giró, incrédula, para asegurarse.

—¿Maese Gerhard?

Wulf, el gigante que conducía el carro que le había interrumpido en mitad de la pelea un rato antes, entró dirigiéndose al maestro constructor y este se levantó para saludarlo. Raine volvió la cara al frente esperando que no la reconociera, aunque sabía que era imposible, pero no quería verlo de nuevo. No sabía por qué, pero tenerlo delante le provocaba cierto desasosiego que no había sentido hasta entonces, como si se sintiera débil por dentro. Y no le gustaba.

—Sí, soy yo.

Wulf se quedó unos segundos parado porque acababa de reconocer a la muchacha. La casualidad había querido que estuviera con el hombre que le había encargado las arpas a Lars. Sonrió, encantado por su buena suerte y se presentó, estirando la mano para saludar al cliente de su amigo.

—Soy Wulf Landström y traigo las dos arpas que le encargaste a Lars Belleck.

Pero su frase no provocó la expresión de felicidad que esperaba.

—¿Tan pronto? No las esperaba hasta dentro de un mes, por lo menos.

—Lars las ha terminado antes de tiempo y creyó que querrías tenerlas cuanto antes.

Gerhard vació la otra silla de papeles y echó una mirada a Raine que seguía sentada en la suya de espaldas a ellos. Después de limpiar el asiento, hizo un gesto a Wulf.

—¿No quieres sentarte con nosotros? —El recién llegado sonrió y se acercó a la mesa por el lado derecho de Raine que se resistía tozudamente a mirarlo, pero no tuvo más remedio que hacerlo gracias a Gerhard.

—Esta muchacha tan bella es Raine, la hija de un amigo. —Ella le ofreció la mano con aire taciturno e intentó recuperarla enseguida, pero Wulf se la retuvo aprovechando para disfrutar de su bella mirada dorada.

—Hola, Raine, hacía mucho tiempo que no nos veíamos —bromeó, provocando que ella entrecerrara los ojos y él sonrió de oreja a oreja, encantado. Hacía mucho tiempo que no se divertía tanto.

—Hola, la verdad es que no esperaba que volviéramos a vernos.

—Sin embargo, yo estaba seguro de que nos veríamos de nuevo.

—¿Os conocéis? —Gerhard los miraba asombrado y Raine le contestó:

—En realidad, no. Hoy nos hemos visto por primera vez de casualidad. —Wulf, viendo cuánto le molestaba que le llevara la contraria, decidió hacerlo un poco más.

—Sí, en uno de los caminos de entrada a la ciudad, el de la puerta oeste. La he encontrado junto a dos rufianes que pensaban robarle o algo peor. Después de la guerra algunos caminos no son seguros... y menos para las mujeres que viajan solas. —Sabía que ese último comentario le sentaría mal, pero no podía resistirse, ¡era tan fácil conseguir que se enfadase!

Gerhard presenciaba atónito lo enfadada que estaba Raine; por cómo miraba a Wulf, parecía capaz de asesinarlo en cuanto tuviera oportunidad.

—Te dije que no necesitaba tu ayuda. Ya viste con qué facilidad me deshice de ellos.

—Aunque eso fuera cierto, no es razón para que no me dieras las gracias por haberme detenido a socorrerte. —Lo miró, incrédula, y él intentó poner cara de compungido, aunque sabía que no la engañaba como le demostraron sus siguientes palabras:

—Gerhard, si no te importa, saldré mientras resolvéis vuestros asuntos. Luego seguiremos con lo que estamos hablando. —Wulf se inclinó un poco hacia ella, reclamando su atención, y susurró:

—Cobarde. —Esa única palabra tuvo el mismo efecto en ella que si la hubiera abofeteado. Sus ojos se abrieron como platos, al igual que su boca, y se lo quedó mirando, indignada.

—¡Jamás vuelvas a decir algo así de mí!, a menos que quieras medirte conmigo con la espada y te advierto que nunca he perdido.

—¿Ah, no? —Wulf cada vez se divertía más. ¿Cómo podía haber pensado esa misma mañana al levantarse que la vida era una carga para él? En ese instante notó que le ardían los ojos, como le ocurría cuando el berserker intentaba tomar el control, pero en esta ocasión era distinto.

Raine observó estupefacta que el color negro de los ojos de Wulf cambiaba al azul hielo de los berserkers y, en ese instante, supo que era uno de ellos; él apartó la mirada rápidamente para que no viera sus ojos, pero no fue lo bastante rápido y ella entendió por qué había sentido tanta antipatía por él nada más conocerlo: porque era un berserker. Raine había querido a su padre más que a nadie en el mundo y siempre lo haría, pero había sido testigo de la tristeza con la que vivió siempre, al menos desde que ella tenía memoria, por no poder estar junto a su madre. Y ella no quería formar parte de algo así, solo quería tener una vida y un marido normales, y si no, prefería estar sola.

Gerhard carraspeó e intentó rebajar la tensión.

—Me temo que, como me has traído las arpas antes de tiempo, aunque te lo agradezco, me has ocasionado un pequeño problema porque no tengo ningún lugar para guardarlas.

Wulf señaló con un gesto burlón a su alrededor. Incluso en la pequeña habitación donde estaban, las dos arpas cabían de sobra.

—Yo diría que aquí hay bastante sitio.

—Sí, pero no me atrevería a dejar esos instrumentos tan valiosos aquí solos por la noche. Verás, hemos tenido un problema y la catedral está sin puertas debido a un error de los carpinteros; aún tardarán algunos días en traer las nuevas y hasta entonces no podremos cerrar bien el edificio. Creo que lo mejor será que las guardemos mientras en mi casa. Por lo que necesitaré que me las lleves allí, si no te importa

—Claro que no.

—¡Estupendo!, porque como Raine se va a quedar unos días conmigo, podemos ir los tres juntos. Y, como habrás traído carro para poder transportar las arpas, iré contigo —Gerhard hablaba como si estuviera seguro de que los otros dos estarían tan contentos con la situación como él—. Se ha hecho tarde y había pensado que nos fuéramos a comer y, por supuesto, estás invitado con nosotros.

Wulf asintió sin dejar de observar la reacción de Raine que, aunque permanecía callada, los precedía caminando con rapidez hacia el patio central de la catedral con un gesto de contrariedad en el rostro.

No parecían gustarle nada cómo se estaban desarrollando las cosas, aunque, con una sonrisa, Wulf se dijo que para él no podían ir mejor.

## CUATRO

Gerhard subió al carro con Wulf y Raine los siguió a lomos de Abacur maldiciendo por el camino porque, desde que lo había visto unas horas antes, sabía que le traería problemas.

La casa de Gerhard estaba a pocas calles de la catedral; era una vivienda de adobe muy pequeña ante la que había una pequeña huerta. Raine se apeó la primera y miró a su alrededor, confusa, porque no veía ningún lugar donde pudiera dejar a Abacur. Esperó a que Gerhard se acercara, seguido por Wulf.

—Gerhard, ¿dónde puedo dejar mi caballo? —Él la miró extrañado por la pregunta y luego señaló el camino en el que estaban, donde cualquiera se lo podría llevar. Ella miró a su querido Abacur y supo que no podía hacer eso, y correr el riesgo de que nevara por la noche o de que cualquiera lo robara.

—Aquí no molestará a nadie, este camino está muy poco frecuentado.

La madre de Abacur había muerto en el parto y Raine lo había criado con biberón y, por eso era tan especial para ella. Su padre siempre le decía que lo quería demasiado y puede que fuera verdad. El caballo, mientras, la miraba confiado y ella le acarició el morro diciéndose a sí misma que antes de dejarlo solo allí, dormiría con él en la calle.

—¿Hay establos en el pueblo?

Gerhard asintió.

—Sí, en la posada.

Raine miró a Wulf y se sorprendió al ver que la comprendía y que sus palabras fueron dichas con seriedad.

—Yo me voy a quedar unos días y tengo que dejar los caballos en los establos, si quieres, cuando me vaya puedo llevarme el tuyo y ocuparme de que esté bien cuidado. —Se acercó a ella que aún sujetaba a Abacur por la brida y dejó que el caballo le oliera la mano, luego lo acarició—. Es un animal precioso.

Ella también lo pensaba, su padre solía decir entre risas que Abacur y Raine parecían hermanos, porque los dos tenían el pelo negro y los ojos dorados. Wulf pareció adivinar de alguna manera lo que pensaba porque sonrió divertido, aunque no hizo ningún comentario.

—¿Qué dices?, ¿quieres que me lo lleve luego? —Raine se negó con un murmullo.

No le terminaba de convencer quedarse en casa de Gerhard, a pesar de su amistad con su padre y estaba segura de que estaría más a gusto en la posada. Era muy independiente y prefería no molestar a nadie. Se dirigió a Gerhard y le explicó que prefería dormir en la posada.

—Espero que no te moleste que no duerma aquí. —Gerhard asintió, pero su atención estaba en su casa. Repentinamente, comenzó a andar hacia ella.

—Seguidme, por favor. —Los precedió andando los pocos metros que los separaban de la puerta de su casa, entrando y dejándola abierta para que lo siguieran.

Nada más traspasar el umbral, se accedía a la única habitación de la cabaña donde ardía un alegre fuego en un rincón, junto al que estaba sentada una muchacha muy delgada que miró a Gerhard con infinito cariño.

—¡Padre! —Con su sonrisa se hubiera podido iluminar la habitación y Raine sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al ver a Gerhard abrazarla con cariño, recordando que ella ya no

sentiría la seguridad de los brazos de su padre.

Wulf, ceñudo, se inclinó para susurrarle:

—¿Qué te pasa?, ¿por qué lloras?

Ella se limpió las lágrimas y contestó:

—Nada, es solo que se me ha metido algo en el ojo.

Se adelantó un poco para no tenerlo al lado, pero él hizo lo mismo y cogió su brazo suavemente con la mano como si quisiera consolarla; afortunadamente, Gerhard la llamó en ese momento.

—Raine, ven, quiero que conozcas a mi hija. —Se acercó forzando una sonrisa y se quedó impresionada por la dulzura de la chica, pero al verla se dio cuenta de que parecía muy frágil, como si estuviera enferma—. Esta es Finna, mi tesoro. —Gerhard mantenía la mano de su hija entre las suyas y los dos la sonreían—. Habitualmente hay una mujer que la cuida cuando yo no estoy, pero Finna me ha dicho que ha tenido que salir un momento.

—Hola, Finna, me alegro mucho de conocerte. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Era pelirroja y tenía los ojos azules como su padre y una sonrisa que parecía permanente.

—¿Eres hija de Valar? —Raine asintió sonriendo, aunque se sintió algo incómoda por no haberlos conocido antes y es que, a pesar de que su padre solía pedirle que lo acompañara cuando venía a la ciudad, desde que ella era más mayor, prefería quedarse en la granja porque no le gustaba salir de allí—. ¡Yo también estaba deseando conocerte! Mi padre nunca trae a ninguno de sus amigos, excepto a tu padre. Por cierto, ¿dónde está? —Miró en dirección a Wulf y su sonrisa se desdibujó un poco, pero enseguida volvió a mirar a Raine y le dijo inocentemente—. ¡Qué guapa eres, nunca he conocido a ninguna chica tan guapa como tú! —Raine, poco acostumbrada a los halagos, no supo qué contestar, mientras que Wulf la observaba asombrado, pero no por el elogio de la hija de Gerhard, sino porque acababa de enterarse de quién era el padre de Raine. ¡Ahora entendía que fuera tan buena luchadora!

—Verás, mi padre... —Miró hacia Gerhard y él le hizo un gesto para que no siguiera hablando, inclinándose sobre la cabeza de su hija para susurrarle algo y ese fue el momento que aprovechó Wulf para preguntarle en voz baja:

—¿Eres hija de Valar Norensen? —Raine asintió sin palabras, esperando que él no dijera lo que ella se estaba imaginando, pero Wulf la miró con un gesto respetuoso en el rostro y preguntó —: Yo estuve a las órdenes de tu padre en el ejército, ¿dónde está? —Antes de que Raine contestara, supo la respuesta y entendió sus lágrimas.

—Murió hace una semana. —Su expresión le dijo que Wulf lo sentía de verdad.

—Raine, sé que no hemos empezado con buen pie, pero yo apreciaba y respetaba mucho a tu padre, como todos los que estuvimos a sus órdenes. Era el mejor guerrero que he visto jamás y, si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmela. Me tienes a tu disposición.

—Gracias, de verdad, pero no necesito nada. —Él apretó los labios en una fina línea porque no entendía el rechazo que ella demostraba hacia él, pero estaba acostumbrado a las empresas difíciles y Raine se merecía que luchara por ella.

—Está bien, pero no olvides lo que te he dicho.

Gerhard intentó distraer a su hija de la muerte de Valar, al que tenía mucho cariño.

—Finna, hija, este es Wulf, es el que ha traído las arpas.

Pero las palabras de su padre provocaron una sorprendente decepción en la muchacha.

—Hola... pero... ¿no ha venido Lars? —Wulf negó con la cabeza, sorprendido porque preguntara por su amigo.

—No, no ha podido. ¿Lo conoces?

—No, pero me hacía mucha ilusión conocerlo.

Wulf se fijó en que, entre ella y la chimenea, al alcance de su mano había un arpa de mano y la señaló con el índice.

—¿Está fabricada por Lars?

—¡Ojalá! —Ella y su padre rieron como si hubiera dicho una tontería—. Nunca podríamos comprar una de sus arpas, pero una de las chicas del pueblo tiene una, fabricada por él, y el año pasado pude tocarla en la fiesta de la cosecha.

—Mi Finna toca muy bien. —Gerhard miraba a su hija, orgulloso.

—¡Qué pena que no haya podido venir!

Wulf no pudo soportar la decepción de aquella encantadora muchacha y le hizo una promesa:

—Si te hace tanta ilusión, me aseguraré de que Lars venga a verte en cuanto pueda.

—¿Podría ser para la inauguración de la catedral? —Gerhard parecía entusiasmado por el ofrecimiento—. ¡Si Lars Belleck tocara ese día, todo el mundo querría venir!

Wulf sabía que las arpas que Lars fabricaba estaban muy solicitadas, pero, hasta ahora, no había sido consciente de lo famoso que era. Y estaba seguro de que él tampoco lo sabía.

—¿Le habéis oído tocar?

—No, pero se dice que es capaz de conmovier a cualquiera que le escuche. —Finna lo miraba como si todavía no pudiera creer que conociera a su ídolo—. ¿De verdad es tan bueno como dicen?

—Sí; cuando Lars toca, todos se callan. Para que te hagas una idea, a mí nunca me había gustado el arpa hasta que lo escuché tocar.

Finna sonrió asintiendo, como si eso fuera lo que había esperado que dijera.

—¿Y estás seguro de que vendrá si se lo pides? —La inseguridad en su voz consiguió que Wulf se prometiera traer a su amigo, aunque fuera a rastras.

—Vendrá, no te preocupes.

Finna se abrazó a su padre, entusiasmada y Raine se acercó a Wulf y le susurró algo con tono amenazante:

—Más te vale que hayas sido sincero. —Él arqueó una ceja enfrentando su mirada y susurró, muy serio:

—Nunca falto a mi palabra, Raine —el tono de su voz hizo que ella se arrepintiera de haber dudado de él y se ruborizó, algo avergonzada.

—Lo siento, pero no me gustaría ver a una chica tan dulce, decepcionada. —Wulf se calmó, diciéndose que todavía no lo conocía, pero él se encargaría de que lo hiciera.

Los interrumpió el sonido de la puerta de la calle al abrirse. Era la mujer que cuidaba de Finna, que entró deprisa y algo apurada porque había tenido que ir a comprar algunas cosas al mercado. Al ver a Gerhard se puso nerviosa y más cuando observó a los desconocidos.

—Maese Gerhard, perdone, pero había mucha gente en el puesto de las verduras. No sabía que iba a venir a comer. —Después de explicarse, paseó su mirada por Raine y Wulf.

Era una mujer rubia de unos treinta años, rubia y con los ojos verdes muy claros, de la misma estatura que Gerhard y agradablemente rolliza.

—No pasa nada, Asdis. —Raine y Wulf observaron asombrados cómo se miraban Gerhard y la recién llegada, como si fueran dos adolescentes enamorados; sin embargo, su hija no parecía darse cuenta de lo que ocurría entre ellos—. Estos dos amigos se quedarán a comer con nosotros.

—Gerhard, si me dices donde puedo dejar las arpas, las descargaré ahora mismo. No me gusta



que estén ahí fuera, sin vigilancia. —Finna miró a Wulf como si hubiera dicho que había traído el sol y las estrellas en su carro.

—¿Están aquí? —Wulf asintió sonriendo, contagiado por ella.

—¡Padre!, ¿puedo verlas cuando las descarguéis, por favor?

—Claro, hija.

Raine miraba fijamente a Wulf, pero cuando él se dio cuenta y buscó su mirada, ella se dio la vuelta y observó cómo Asdis ayudaba a Finna a levantarse del sillón, y a la muchacha acercarse a la mesa andando lentamente, como si le costara hacerlo. Su padre se mantuvo a su alrededor deseando ayudar, pero su hija le dijo cariñosamente que podía hacerlo sola.

Comieron el guiso que Asdis tenía en un puchero sobre el fuego, que completó con unas tiras de carne ahumada a las que añadió una salsa, y les repartió trozos del pan que había hecho esa misma mañana en la sartén. Raine lo encontró especialmente bueno y eso que su amiga Sif hacía un pan muy rico. Estaban los cinco sentados alrededor de la pequeña mesa que había en el centro de la habitación y como había tanto silencio, decidió decírselo:

—El pan está muy bueno, Asdis. Finna me ha dicho que lo haces tú. —Gerhard confirmó sus palabras, mientras partía un trozo de su pan.

—¿Verdad que está muy bueno? Es lo que yo desayuno por las mañanas con un poco de leche. Ya me he acostumbrado, y no sería capaz de desayunar otra cosa. Así se lo he dicho a ella. —Asdis bajó la mirada, azorada porque todos le prestaran atención. Finna, que sabía lo tímida que era, le dio un beso en la mejilla y Raine quiso saber cómo lo hacía, para decírselo a Sif.

—¿Lo haces en el horno? —Finna y Asdis se rieron por lo bajo como si compartieran una broma privada y Gerhard se volvió hacia ellas regañándolas, aunque lo hizo con una sonrisa en los labios.

—¡Vamos, no seáis tan malas conmigo! —Pero solo consiguió que rieran más.

Finna, limpiándose unas cuantas lágrimas producidas por la risa, que surcaban sus mejillas, se explicó:

—Es que no tenemos horno, solo el fuego, porque mi padre está ahorrando para comprar un terreno. Por eso ha alquilado una de las casas más baratas que ha encontrado y estamos tan lejos del centro del pueblo. Hace años que intenta comprar una casa, aunque siempre le digo que no hace falta.

La expresión de Gerhard se volvió a la vez triste y tierna al contestar a su hija.

—Quiero que Finna tenga una casa como es debido cuando yo no esté y, si es posible, algo de dinero o una ocupación de la que pueda vivir.

Pero Raine era muy cabezota.

—Entonces, ¿me puedes explicarme cómo haces el pan?

—En la sartén. Dejo suficiente masa preparada el día anterior y cuando me levanto es lo primero que hago. El truco está en hacer tortillas finas y que se hagan muy despacio. —De repente, la emoción le impidió seguir hablando—. No compraré nunca más pan a los panaderos —susurró, después de tragar saliva un par de veces, y Finna puso su mano encima de la de Asdis consolándola, pero ella se levantó y salió de la casa murmurando que tenía que recoger la ropa que estaba tendida.

Cuando se cerró la puerta tras ella, Gerhard les explicó lo que le había pasado.

—La familia de Asdis murió por comer pan de centeno contaminado con cornezuelo y lo habían comprado al panadero de su pueblo. Creo que hoy hace años que murieron. —Gerhard miró con tristeza la puerta por la que había salido—. Estaba casada y tenía un hijo de dos años.

Era una de las muertes más comunes en aquellas tierras, por eso mucha gente había empezado a hacer el pan en casa con su propio grano, porque se decía que el culpable de las muertes era el grano con el que se hacía la harina, que estaba contaminado.

Asdis volvió con las sábanas secas y dobladas poco después, pero ya no se sentó con ellos.

Raine, durante la cena, se había reafirmado en la decisión de no quedarse a dormir allí porque, además, se había dado cuenta de que casi no había sitio para que durmieran los tres habitantes de la casa.

Cuando terminaron de comer decidió hablar con Gerhard y le pidió salir un momento para hacerlo sin que nadie los escuchara. Dejó a Wulf con las dos mujeres, ayudando a recoger los platos de la mesa, algo que hacía mejor que ella, por lo que había podido ver.

—Dime, Raine, ¿qué pasa?

—Quería asegurarme de que no te molesta que me vaya a dormir a la posada.

—No sé... —Miró su casa y luego a ella—. ¿Seguro que no quieres quedarte? Puedes dormir con Finna si quieres, la cama es estrecha, pero, estando cansada, eso no importa.

Pero ella no quería molestar a aquella encantadora familia más de lo imprescindible.

—Si no te importa, prefiero coger una habitación por el tiempo que esté aquí.

—Claro, como tú quieras.

—Si te parece bien, mientras esté aquí, todos los días iré a tu trabajo para pasar un rato contigo, ¿tú crees que eso es lo que mi padre quería? —No se imaginaba qué esperaba Valar que hiciera allí, sin conocer a nadie.

Pero sus dudas no sorprendieron a Gerhard.

—Tu padre sabía que te harías muchas preguntas, espera. —Entró en la casa a paso vivo y Raine, mientras, se acercó a ver a Abacur que pastaba tranquilo junto a los caballos de Wulf.

Gerhard salió enseguida y detrás de él Wulf, que iba a descargar las arpas para meterlas en la cabaña. Cuando llegó junto a Raine, Gerhard le entregó un paquete envuelto en un papel marrón en el que su padre había escrito su nombre, y que estaba atado con una cuerda de cáñamo.

—Iba a dártelo mañana, pero como vas a pasar la noche en la posada, creo que es mejor que te lo lleves y que lo leas estando a solas. Solo sé que dentro hay una carta de Valar para ti, pero desconozco lo demás.

Cuando tomó el paquete entre sus manos, lo apretó con fuerza contra el pecho y volvió a emocionarse porque era el último mensaje de su padre para ella. Con lágrimas en los ojos, le dio las gracias a Gerhard y se despidió, impaciente por estar a solas para poder abrirlo.

## CINCO

Wulf estuvo extrañamente silencioso todo el camino. Solo habló con Raine para decirle que conocía al dueño de la posada, porque se había quedado allí en varias ocasiones cuando había visitado la ciudad, y que lo dejara hablar con él para coger las habitaciones. Ella intentó olvidar que su corazón, ese músculo traidor, había aumentado sus latidos al saber que iban a hacer juntos y solos el camino hasta la posada.

Desde que se habían conocido había intentado ocultarse a sí misma de la atracción que sentía por él y ahora intentó hacerlo de nuevo, quedándose en silencio al igual que él, a pesar de que le encantaría que le hablara de las experiencias que había compartido con su padre en el ejército. Pero no se arriesgaría a hacerlo, eso sería lo mismo que abrirle una puerta y Wulf era demasiado peligroso.

Al llegar, tal como había dicho, él se encargó de todo, incluso de acomodar a los caballos, notándose por su destreza que estaba acostumbrado a hacerlo y también porque tenía cierta amistad con el dueño de la posada. Incluso, cuando Raine fue a desensillar a Abacur, él la sujetó por el brazo cuidadosamente.

—Deja, ya lo hago yo.

Y lo hizo ante ella, mientras que Raine seguía abrazando fuertemente el paquete que le había dejado su padre.

Después entraron en la posada y se enteraron de que solo quedaba una habitación, aunque el posadero aseguró que era la más grande de todas, y Raine escuchó a Wulf decir, estupefacta, que no había problema porque él podía dormir en el suelo.

Aunque sabía que debía pedirles que buscaran otra solución, ella solo podía pensar en quedarse a solas para leer la carta de su padre y, afortunadamente, Wulf tuvo la suficiente sensatez como para entenderlo.

—Sube tú primero, yo iré dentro de un rato. —Ella inclinó la cabeza agradeciéndoselo con un murmullo y subió a la habitación a la carrera. No pensaba dormir con él, pero ahora solo tenía una cosa en la cabeza: leer las últimas palabras de Valar.

Al abrir el paquete encontró varios documentos que estudiaría más tarde, pero sus manos buscaron, nerviosas, el pliego de papel doblado en cuatro que estaba debajo de todo en el que Valar también había escrito su nombre. Se sentó en la cama que parecía estar limpia y comenzó a leer:

Querida Raine:

Si estás leyendo esto es porque ya no estoy contigo. No sé cuánto tiempo habré estado enfermo o cómo habré muerto, pero eso da lo mismo, lo importante es que por fin me habré reunido con tu madre, mi querida Agneta. Por eso te pido que no estés triste, aunque sé que lo estarás durante un tiempo.

En mi corazón están grabados a fuego los miles de momentos que hemos pasado juntos: la primera vez que te llevé a pescar, cuando montaste tu primer caballo, o cuando conseguiste vencer por primera vez a Ivarr con la espada, ¿lo recuerdas?... estuviste dando saltos sin dejar de reírte a carcajadas durante tanto tiempo, que acabaste tirada sobre la hierba, agotada y con una sonrisa de oreja a oreja, y yo sentí que el corazón me

explotaba de orgullo por ser tu padre.

Desde que tu madre nos dejó, mi única obsesión ha sido asegurar tu futuro, por eso he intentado dejarlo todo dispuesto para ti cuando yo muriera y, por eso, he insistido tanto en que vayas a visitar a Gerard. Quiero que pases unos días con él y con su familia, pero lo importante, sobre todo, es que te alejes de la granja y me aseguraré de que me prometas que vas a hacerlo. Ya entenderás por qué.

En los documentos que te dará el bueno de Gerhard, además de esta carta, está mi testamento, en el que te dejo la granja cuando yo muera, al igual que los terrenos que compré al viejo Erikson, aunque espero que estos sirvan para que una pareja, que también son de nuestra familia, funde su hogar.

He viajado por todo el mundo como capitán del ejército del viejo rey, y he sido testigo de cosas que no hubiera creído posibles si no las hubiera visto. Pero no descubrí lo que era ser feliz hasta que conocí a mi andsfrende, tu madre, y esa felicidad se acrecentó cuando tú naciste porque ningún padre ha podido querer más a su hija ni estar más orgulloso de ella que yo, aunque nunca haya sido capaz de decírtelo así.

Raine, hija mía, solo espero una cosa de ti y no es que seas la mejor Skjaldmö del país, ni la mejor domadora de caballos, solo quiero que seas feliz. Al final, eso es lo único importante y por lo que merece la pena vivir.

Siempre te querré.

Tu padre, Valar.

Se tumbó en la cama con la carta contra su pecho y cerró los ojos y le vino a la mente una imagen de su padre riendo a carcajadas junto a ella, respirando profundamente para evitar emocionarse de nuevo, comenzó a leer de nuevo la carta porque había una parte que no había entendido del todo.

Wulf estaba tomando una copa de hidromiel con el tabernero para hacer tiempo antes de subir a la habitación. Había ido a buscar a Otkala, aunque solo pensaba saludarla y charlar un rato con ella, pero no estaba en su casa, de modo que allí estaba, hablando con el posadero, aunque lo que quería hacer de verdad era subir con Raine. Pero sabía que necesitaba estar un rato a solas mientras leía la carta de su padre.

Raine se había quedado dormida por puro agotamiento y se despertó sobresaltada menos de una hora después, y se quedó unos segundos en la cama hasta que se dio cuenta de dónde estaba, entonces, se levantó, guardó los documentos bajo su camisa y bajó a la planta baja, dejando en la habitación solo su bolsa con la ropa que había traído de casa.

Se quedó parada en el umbral del comedor buscando entre los comensales hasta que vio los anchos hombros y la melena negra de Wulf y se dirigió a su mesa pensando que, a pesar de todo, tenía que reconocer que era un hombre muy atractivo.

—Hola —saludó a Wulf y al posadero que estaba sentado frente a él y que se levantó al verla y, después de saludarla, volvió a colocarse detrás de la barra para seguir sirviendo a los clientes.

Ella se sentó junto a Wulf decidida a conseguir que le dejara la habitación para ella sola.

—Hola. —Wulf dio un trago al hidromiel mirándola con aprecio, mientras saboreaba su bebida—. ¿Qué estás bebiendo?

—Hidromiel.

—¡Ah, a mi padre también le gustaba mucho! ¿Te importa que lo pruebe? —Sin esperar su permiso cogió el vaso que él había dejado sobre la mesa y bebió un sorbo.

—¡No está fuerte! —Él sonrió al ver lo sorprendida que parecía.

—Claro que no.

—¿Puedo pedir un vaso?

Su padre nunca había querido que bebiera, diciéndole que era demasiado joven.

Wulf pidió otro vaso al posadero y, cuando se lo trajo, lo llenó de la jarra que tenía junto a él. Después, se lo entregó a Raine.

—Que lo disfrutes.

Raine bebió un sorbo pequeño, seguido de otro, y Wulf, mientras tanto, comenzó a hablarle sobre su hogar, una pequeña isla que estaba a pocas horas de viaje donde vivía con otros compañeros. Cuando Raine terminó su vaso, un rato después, casi había empezado a caerle bien Wulf; por eso no le costó nada pedirle que le rellenara el vaso y hablarle sobre la granja donde ella había vivido siempre.

Pasaron dos jarras y tres horas antes de que se decidieran a levantarse y subir a la habitación. Aunque sería mejor decir que, lo que realmente pasó, fue que Wulf decidió que ya estaba bien porque, aunque ella iba de pie y aparentemente andaba sola, la realidad era que él la sostenía por la cintura y que, si la hubiera soltado, se habría caído al suelo.

Cuando llegó a la cama, ella se dejó caer bocabajo, mientras que él echaba el cerrojo a la puerta de madera y, cuando se dio la vuelta y la vio atravesada en la cama, soltó una risita por lo bajo antes de acercarse a ella.

Había disfrutado enormemente esa tarde, nunca se hubiera imaginado que una mujer tan seria, con un poco de hidromiel, cambiara tanto. En cuanto se le había subido a la cabeza, se le soltó la lengua y no le dejó hablar, contándole todo sobre un amigo y una amiga que había dejado en la granja, incluso le habló de los animales que tenían y también que le encantaba vivir allí.

Se sentó en la cama junto a ella y le dio la vuelta, de manera que se quedó bocarriba y con la cabeza ladeada hacia la derecha, entonces le pareció lo más correcto desnudarla, para que estuviera cómoda. Al quitarle la camisa, se cayeron unos papeles al suelo y Wulf imaginó que eran los que Gerhard le había entregado de su padre, por lo que los guardó debajo de la almohada. Siguió desnudándola, sintiendo cómo se le hacía la boca agua y, cuando la dejó en ropa interior, se la quedó mirando durante largo rato.

Era una mujer exquisita, de líneas suaves y elegantes. Su mano no pidió permiso a su mente y, como si tuviera vida propia, comenzó a acariciar una de sus rodillas con suavidad, pero ella soltó un ligero ronquido que lo hizo detenerse y lanzar una risita; él abrió las sábanas y la metió debajo, arrojándola después. Luego, Wulf también se quedó en ropa interior, aunque casi se cae de culo un par de veces mientras se desnudaba porque también estaba bastante achispado y se tumbó a su lado, aunque sobre la cama para no caer en la tentación. Y, tumbándose de costado para estar frente a ella, se durmió feliz.

Raine sonrió bajo la lluvia de besos con los que alguien cubría su rostro, pero no abrió los ojos porque no quería dejar de soñar; claro que él se lo pidió y tuvo que hacerlo.

—Vamos, abre esos preciosos ojos dorados. —Sin esperar a que le hiciera caso, se concentró en sus labios, provocando que ella abriera los ojos y que se despertara del todo, entonces Wulf, pues era él, aprovechó para meterle la lengua en la boca. Estuvo besándola largo rato hasta que se separó y ella pudo respirar.

—¿Esto es un sueño? —preguntó con voz temblorosa.

Pero él no contestó, estaba tumbado en medio de sus piernas acariciándole con asombrosa suavidad los brazos y besando su cuello.

—Creo que he bebido demasiado.

Entonces él levantó la cara y la miró sonriente.

—No tanto, solo te has achispado un poco, pero esto tenía que pasar, los dos lo sabíamos.

Sintió sus cálidas manos a ambos lados de su cabeza y sus labios le acariciaron la frente, los ojos y la nariz, depositando besos suaves y abrasadores que fueron calentando poco a poco su piel. Wulf hablaba en voz queda, acariciándola con su aliento.

—Es un buen momento para que me digas que no, si no quieres esto —su voz ronca y burlona a la vez, incendió aún más la sangre de Raine, que abrió la boca para hacerlo, pero algo dentro de ella se lo impidió y su cuerpo, actuando por propia voluntad, se arqueó hacia él obstinadamente.

Wulf, obedeciendo sus deseos, se acercó aún más, juntando sus caderas a las de ella hasta que los dos cuerpos estuvieron completamente pegados y entonces ella notó que estaba totalmente desnudo.

La maravillosa sensación de sentirse ceñida por los fuertes brazos de Wulf fue tan grande que Raine no pudo reprimir un súbito escalofrío, y él volvió a recorrer su garganta saboreando su piel.

—Eres hermosa —musitó y echó la cabeza atrás, observándola fijamente. Raine pudo ver claramente el momento en el que sus ojos se teñían del color azul que ella conocía tan bien, ocultando su negro natural—. No te esperaba en mi vida, ¿sabes? —susurró—, pero, en cuanto nos conocimos, supe que esto iba a ocurrir.

Raine sintió un temblor interno al escuchar sus palabras reconociendo la verdad que había en ellas, pero se mintió a sí misma diciéndose que ella solo sentía deseo. Esta vez se dejaría llevar por su cuerpo y, aunque sabía que no cambiaría al hombre con el que iba a hacerlo por ningún otro, en un último momento de lucidez renovó su promesa de que no tomaría nunca como compañero a un berserker y, cuando esa noche terminara, cada uno volvería a su vida, pero todo pensamiento racional desapareció cuando la boca de Wulf se unió a la suya. Sus labios la convencieron de que abriera la boca y sus lenguas intimaron apasionadamente.

Raine se apretó más contra él acariciando su espalda y Wulf apartó su boca mirándola con ojos abrasadores, mientras su pecho se agitaba con rápidas inspiraciones y sus manos también la acariciaban apasionadamente.

—¡Por Odín y todos sus hijos! —musitó junto a sus labios—, te juro que has sido hecha para mis brazos. —La besó otra vez, devorándola, como si tan solo su sabor pudiera aplacar aquello que había dentro de él, una sed infinita que nunca había podido saciar.

Raine sentía fluir el placer por su cuerpo en oleadas, sin dejar de removerse inquieta, esperando poder alcanzar la verdadera cima del éxtasis. Las manos de Wulf ya le habían quitado la camisola sacándosela por la cabeza y ahora acariciaban suavemente sus pechos, luego, se inclinó y los besó, adorándolos, y los pezones se irguieron reclamando su atención, hasta que él los pellizcó con una delicadeza impensable para un hombre de su tamaño. Raine dejó escapar un gemido necesitando más y él pareció leerle el pensamiento, porque cerró la mano sobre su seno y lo apretó con fuerza aliviando así sus ansias.

—Raine —murmuró, con voz ronca—, déjame que te haga mía. —Ella nadaba en un mar de sensualidad y, aunque hubiera querido, no se habría podido negar.

—Sí, hazlo Wulf —susurró.

—Ya sabes lo que te estoy pidiendo.

A ella el alcohol le dio fuerzas para ser totalmente sincera.

—Wulf, nunca seré tu compañera. Ahora sabes quién era mi padre, un berserker como tú, y yo hace mucho que decidí no tener como pareja a un berserker —el ceño de Wulf se acentuó a

medida que la escuchaba y más cuando terminó—, pero si me deseas, esto es todo lo que puedo ofrecerte.

Él la deseaba demasiado para rechazar lo que le proponía, así que asintió bruscamente y contestó:

—Está bien, por ahora tomaré lo que me ofreces. Pero sé que estamos destinados el uno al otro.

Ella quería que la hiciera suya en la cama, pero no saber nada de él cuando hubieran terminado, y él aparentaría aceptar sus condiciones, pero no lo haría. No podía renunciar a ella igual que no podía rehusar a la vida.

Raine pensó durante un par de segundos en las posibles consecuencias de semejante locura, pero estaba dispuesta a aceptarlo todo a cambio de pasar una noche con él.

Él se había erguido sobre los brazos y la observaba fijamente y ella se sintió indefensa y deseada, y a la vez dispuesta y nerviosa. Le devolvió la mirada en silencio, hasta que él soltó una carcajada satisfecha. De repente, se levantó, alzándola en volandas, y se sentó a continuación en la cama y a ella sobre sus rodillas. Raine, sujeta a sus hombros, protestó:

—¡Wulf!, ¿qué ocurre?

—No te asustes, pequeña, pero, si no me equivoco, eres virgen, y quiero hacerlo más fácil para ti. —Ella se calló prudentemente, sin confirmar su creencia y él sonrió, sabiendo que había adivinado la realidad, pero enseguida le distrajeran sus pechos a los que les dedicó toda su atención durante unos segundos, provocando los gemidos de ella.

Volvió a robarle varios besos a sus labios entreabiertos y, a continuación, empezó a recorrerle la garganta con la boca. Wulf la acurrucó en su regazo, abrazándola con todo su cuerpo y su mirada azul ardiente, ahora estaba llena de posesividad y de instinto de protección. Raine, en esta nueva postura notaba mucho más su erección, que había crecido hasta alcanzar un tamaño realmente preocupante y se movió incómoda, porque no importaba en qué postura se pusiera, no podía dejar de notarla.

Wulf, al sentir su incomodidad, sonrió tiernamente y acarició su mejilla, diciendo:

—Tranquila, pequeña, no te haré daño, solo quiero darte placer.

Ella se mordió el labio inferior, emocionada a su pesar, porque había oído lo poco que les importaba a los hombres el sufrimiento de las mujeres en esa situación, pero su mirada le dijo que era sincero y ella lo creyó.

Más relajada, decidió confiar en él y disfrutar de su última noche juntos.

## SEIS

Wulf sintió cómo cambiaba y la besó agradecido, sabiendo cuánto significaba que hubiera depositado su confianza en él, aunque fuera por una noche.

Necesitaba hundirse en ella y a la vez adorar su cuerpo con la boca y las manos, pero intentó ser paciente por su inexperiencia, a pesar de que no estaba acostumbrado a tratar con mujeres inocentes. A pesar de eso, ella respondía apasionadamente a sus besos y caricias, arqueando el cuerpo hacia él y pidiéndole más sin palabras. A continuación, Wulf la levantó hacia él, hasta que pudo capturar un pezón con su boca y lamerlo y morderlo suavemente provocando que Raine respondiera con gemidos; entonces, la avisó:

—Sujétate a mí. —Cuando ella lo hizo, hundió la boca en el valle que había entre sus pechos y cogió cada uno de ellos con una mano. Raine, colgada de su cuello, apenas podía respirar y aún menos pensar con racionalidad.

—Wulf... —jadeó—. ¡Wulf!

Él parecía insaciable y mordió sus pechos traviesamente y su lengua comenzó a trazar círculos alrededor de sus puntas rosadas. El dulce olor de ella invadió sus pulmones para siempre, confirmando que esa mujer era la que siempre había necesitado, la que su alma había reconocido como su otra mitad, aunque ella no lo aceptara todavía. Entonces, acomodó el cuerpo de Raine sobre el suyo, separando sus muslos, de modo que quedase a horcajadas sobre él. Raine lo animaba con sus caricias en el pecho y la cintura, y esparcía besos por su rostro.

—Tú también eres hermoso, Wulf —susurró acariciando su pecho y provocando un gruñido de placer en él. La mano de ella se deslizó hacia su entrepierna deseando acariciar su miembro—. Déjame, quiero tocarte —dijo con voz temblorosa, provocada por el deseo.

—Todavía no, espera —la negativa de Wulf resonó en la habitación, mientras él acariciaba sus nalgas—. Si me tocas ahora, no seré capaz de controlarme.

—No me importa. —Se movió hasta localizar la parte de él que tenía que introducirse en ella y se sorprendió por su suavidad. La acogió en su mano apretando ligeramente y aquella leve presión provocó que Wulf diera un brinco y gimiera—. Además —le recordó ella, también sin aliento—, no estás tratando con una mujercita que se deja hacer lo que quieres, sin hacer nada.

—Está bien —contestó entre deseoso y divertido—, ya te he dicho que, sobre todo, quiero que disfrutes. —La separó un poco más de él, para que tuviera un acceso más fácil a su miembro y su erección se estremeció, irguiéndose, al igual que sus manos que también le temblaban debido al esfuerzo que estaba haciendo por dominar sus ansias y no adentrarse sin más explicaciones en el cuerpo virginal de Raine.

En lugar de eso, apretó los dientes sintiendo sus dedos fríos agarrando con cautela su rígido miembro.

—¡Es sorprendente! —susurró Raine con los ojos entrecerrados y las mejillas teñidas de rojo por la excitación—. No esperaba que fuera así, es muy suave... y caliente...

Wulf volvió la cara a un lado, respirando agitadamente y con los dientes apretados, luchando por aguantar. Mientras, Raine había apoyado la mejilla contra la suya, cariñosa.

—¿Te duele cuando te toco? —Sus dedos se quedaron suspendidos en el aire un momento, asustada de que fuera así.



—No, al contrario, pero me das tanto placer que vas a conseguir que disfrute yo solo. —Se rio sin ganas y sujetó su muñeca con suavidad con una mano, y con la otra acarició la mata de rizos de ella que ya estaba húmeda—. Ahora me toca a mí —murmuró, besando suavemente su mejilla acalorada, al tiempo que deslizaba el dedo en el interior en su hendidura una y otra vez suavemente, hasta que los labios ocultos estuvieron hinchados y separados.

Raine, como respuesta, se mordió el labio inferior y apretó las piernas alrededor de las suyas, pero él, con un murmullo, volvió a abrírse las todo lo que pudo para tener acceso a su cuerpo. Siguió jugando con su hendidura secreta hasta que notó su dedo lleno de humedad y que Raine presionaba el vientre contra su mano anhelando el contacto.

Entonces, apoyó el dedo justo encima de la delicada protuberancia femenina que estaba hinchada y muy sensible, y ella tembló y se retorció cuando él empezó a hacer círculos lentos y sinuosos a su alrededor y él sintió que no aguantaría más, aunque se había colocado en esa postura para no penetrarla hasta estar seguro de que se encontraba preparada para aceptarlo en su interior.

—Wulf —jadeó ella—, te necesito ahora.

—Sí, espera, pequeña —musitó él con el cuerpo entero rígido y sudoroso—. Vamos a tumbarnos sobre la cama, será más cómodo para ti.

Pero ella no era de la misma opinión.

—No, ya no quiero esperar más. —Él dejó escapar una risa nerviosa y le tomó el rostro entre las manos para cubrirle la boca con otro beso.

—Vamos, tumbate y hagámoslo bien.

—No quiero. Quiero hacerlo así, rodeada por tu cuerpo. Al menos la primera vez —susurró Raine, al tiempo que se esforzaba torpemente por colocarse encima de él.

Él no podía entender que en su regazo se sentía querida y protegida y no quería dejar de sentirse así. Para ella, aunque no se daba cuenta, lo que estaba ocurriendo no era solo una cuestión de sexo.

—Déjame que yo decida cómo va a ser esta vez, la próxima haremos lo que tú quieras... —suplicó, y el que ella asegurara que iba a haber otra vez, fue suficiente para él.

—De acuerdo. —Se oyó decir a sí mismo con voz áspera a la vez que la levantaba con facilidad, colocándola con cuidado sobre su miembro.

—Por favor, Wulf, hazlo ya... —Sus palabras se disolvieron en un placentero gemido provocado por las últimas caricias de Wulf, que quería asegurarse de que estaba preparada.

Él miró fijamente sus ojos, dorados y brillantes, y sus mejillas rojas por la pasión y cómo se aferraba a él intentando acercarse todo lo que podía a su pecho, atrayéndolo hacia sí, jadeante. Y entonces, Raine lo besó y él respondió entregándole todo lo que tenía en ese beso, mientras seguía acariciándola cada vez más profundamente, hasta que Raine dejó escapar un sonido entrecortado y se aferró a Wulf con todas sus fuerzas en medio de un intenso clímax que la recorrió de arriba abajo. Se estremeció y se derrumbó en medio de las contracciones de su vagina. Solo entonces, Wulf retiró la mano, la colocó encima de su sexo dolorido, y entró en ella poco a poco controlando la penetración, pero Raine se sentó sobre él con avidez y contuvo la respiración al sentir el primer pinchazo de dolor, pero su cuerpo continuó empujando hacia abajo hasta que, por fin, Wulf la penetró con una única y eficaz embestida.

Él inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y el cuerpo rígido por la tensión, porque el placer era demasiado grande, nunca había sentido nada parecido a estar dentro de ella. Raine rozó con sus labios su barbilla y luego le lamió los labios delicadamente, como haría un gato con un plato de leche y no pudo controlarse más, hundió a fondo su sexo en ella y su vagina se estrechó

abrazándolo con fuerza, estimulándolo aún más y se sorprendió al escuchar su propio grito, alto y fuerte, cuando arremetió en la última acometida, tensa y temblorosa por el placer.

Henchido de satisfacción, agarró la cabeza de Raine entre sus manos y la devoró, consciente de que sus besos podían lastimar su tierna boca, pero a ella no parecía importarle porque respondía con el mismo fuego que él sentía. Después, la sostuvo contra su pecho acariciando su espalda suavemente y ella se estremeció empezando a notar el frío que hacía en la habitación, donde no había ni un fuego encendido. Entonces, él, con una maldición por no haberlo pensado antes, la levantó en brazos y la acostó; ella permaneció relajada mirándolo tranquila, con una sonrisa en los labios y le hizo un gesto para que se reuniera con ella.

—Creo que ahora te toca a ti elegir postura, ¿no?, además, me voy a quedar helada aquí sola. —Wulf se rio por su desparpajo, impropio de alguien de su edad que era virgen hasta hacía unos minutos. Pero nada era normal en Raine, y eso era precisamente lo más interesante de ella.

Con una risa placentera, se reunió con ella en la cama abrazándola para darle calor, y preparado para darle lo que le pidiera.

—Ha sido estupendo. Nunca me había imaginado que sería así. —Lo miraba sonriente con el rostro todavía arbolado y los ojos brillantes.

Él la escuchaba extasiado por su belleza y le apartó un mechón rebelde que le tapaba el rostro, para colocárselo detrás de la oreja.

—¿Cómo te lo imaginabas?

—No lo sé —se encogió de hombros—, creo que pensaba que sería como cuando lo hacen los animales, todo muy rápido y apasionado, pero también muy agresivo. Además, dejar de ser virgen no ha sido tan doloroso como me habían dicho y creo que ha sido gracias a ti —aventuró, intentando ser honesta, aunque le daba un poco de vergüenza decirlo.

Le había parecido algo tan íntimo y bonito que estaba muy agradecida a Wulf por ello. Entonces, sorprendida, lo vio maldecir y levantarse sin razón aparente dirigiéndose al cubo de agua que les habían dejado para lavarse. Allí humedeció un paño y con él en la mano volvió junto a ella y se sentó a su lado, en la orilla de la cama. Ella lo miró sin saber qué quería, hasta que él comenzó a separar las piernas de Raine con la mano, entonces, ella entendió y más avergonzada de lo que había estado en toda la noche, alargó la mano para que se lo diera, pero él se negó.

—Abre las piernas, Raine.

Ella volvió a murmurar que le diera el paño, que podía hacerlo sola, pero él se negó de nuevo y, finalmente, obedeció. Él hizo su trabajo delicadamente, mientras ella miraba hacia la pared, avergonzada. Cuando terminó, se vio obligada a agradecerse.

—Gracias, Wulf. —Él volvió después de dejar el paño y se tumbó a su lado, abrazándola, antes de contestar:

—No podría dormir sabiendo que estás incómoda. —Ella sonrió y él vio cómo se le cerraban los ojos sin querer—. Duérmete, pequeña.

—Pero íbamos a hacerlo en otra postura —refunfuñó sin abrirlos provocando que él volviera a reír.

—Lo dejaremos para mañana.

—Mmmmm.

Lo siguiente que escuchó Wulf fue un ligero ronquido que le hizo inmensamente feliz y con esa sensación tan placentera, se durmió.

Alguien llamó a la puerta de la habitación con suavidad horas más tarde y, aunque Raine se

despertó, estaba tan a gusto que no se movió. Wulf se levantó y se vistió con rapidez antes de abrir; Raine escuchó cómo conversaba en susurros con otro hombre y después salía de la habitación. Después, volvió a quedarse dormida.

Wulf estaba sorprendido de lo estúpido que había sido al no pensar que Otkala pasaría a verlo en cuanto le dijeran que había ido a buscarla, pero lo cierto era que Raine había conseguido que se olvidara de todo. Siguió a Urk, el posadero, panadero y dueño de los establos de Stavanger, por las escaleras, pero a medio camino, el anciano se volvió y lo miró con algo de lástima.

—Me parece que estás metido en un buen lío, muchacho. —Urk tenía edad como para ser su padre y por eso lo trataba así. Al escuchar sus palabras, Wulf se pasó la mano por el rostro, intentando despertarse del todo y, muy serio, contestó:

—No lo sabes bien, viejo amigo.

Luego, terminaron de bajar, y la apasionada Otkala se lanzó a sus brazos besándolo en la boca, mientras el posadero desaparecía dejándolos solos.

Raine se desperezó y se pasó la mano por la tripa intentando calmar los sonidos que salían de él debido al hambre. Wulf no había vuelto, aunque tampoco sabía cuánto hacía que se había marchado; se aseó como pudo con el agua fría del cubo y se vistió guardando de nuevo junto a su pecho los documentos que le había dejado su padre. Había pensado leerlos en cuanto se despertara, pero necesitaba comer algo antes. Con ese único pensamiento en la cabeza bajó a la sala donde daban las comidas en la posada e imaginaba que estaría Wulf. Y allí estaba, de hecho, sentado al final de la sala en compañía de una mujer muy atractiva. Raine se quedó rígida y con cara de tonta, o al menos eso le parecía que debía tener, y estuvo a punto de no entrar, pero su orgullo le impidió dar media vuelta y marcharse, por eso, entró y se sentó en la mesa que había junto a la entrada, lo más lejos posible de la pareja.

Wulf la vio en el umbral y estuvo a punto de levantar la mano para que se uniera a ellos, pero vio su gesto de disgusto y se imaginó lo que estaba pensando, y apretó la mandíbula apartando la mirada de ella. Lo peor de todo era que Raine no quería tener ninguna relación con él aparte de unos revolcones en la cama, o eso decía y, sin embargo, Otkala, la mujer que lo acompañaba, había sido durante años una buena amiga con la que además pasaba muy buenos ratos en la cama. Ese era el acuerdo al que habían llegado hacía tiempo y que los dos habían respetado, pero eso tenía que cambiar y debía ser sincero con ella.

—Otkala, hay algo que quiero contarte.

La pelirroja lo miró mientras saboreaba un trozo de pan con manteca. Muchas veces, sus desayunos habían sido el preludio de unos estupendos encuentros sexuales, aunque para él eso se había terminado. Wulf le tenía mucho cariño, pero, ahora, él pertenecía a una morena testaruda que estaba sentada a cuatro mesas de distancia.

—Dime. —Los ojos claros de su amiga parecían saber lo que quería decirle.

—Hay una... —dudó, escogiendo sus palabras porque no quería hacerle daño.

—¿Mujer? —Otkala sonrió burlonamente, terminando la frase por él.

—Sí, acaba de entrar y se ha sentado en la primera mesa, lo más lejos posible de nosotros. Pero no te des la vuelta, no quiero que se enfade más aún, ya me va a costar bastante explicarle todo esto.

Le sorprendió ver que Otkala no parecía enfadada, sino aliviada. Se echó hacia atrás en la tosca silla de madera con la rebanada de pan en la mano y lo miró con cariño.

—Es una buena noticia, Wulf. Necesitas enamorarte de una mujer que no te deje hacer todo lo

que quieres. Hace mucho tiempo que mandas sobre todo el mundo, en el ejército, a los amigos con los que vives en la isla... incluso lo has intentado conmigo. —Él soltó una carcajada irónica—. Te echaré mucho de menos. Lo hemos pasado muy bien, pero los dos sabíamos que esto se acabaría.

—Y yo a ti, Otkala.

—Me alegro por ti, Wulf. Eres un buen hombre y te lo mereces. —Él contestó con una mueca porque las cosas no iban a ser tan fáciles con Raine como ella creía, pero agradecía que se lo tomara tan bien. Otkala dio un último trago a la leche y se levantó—. No quiero que tu mujer se enfade aún más, así que supongo que esto es una despedida. Si necesitas algo alguna vez, ya sabes dónde encontrarme.

Él se levantó porque no podía dejarla ir sin darle un abrazo y un último beso inocente en la mejilla.

—Lo mismo te digo, amiga.

Cuando Otkala salió del comedor, Wulf observó que Raine no levantó la cabeza de su desayuno y conociendo su testardez, decidió que era mejor que aclararan el asunto cuanto antes y se acercó a ella.

## SIETE

Cuando Raine vio que Wulf se levantaba y se dirigía hacia ella, volvió a fijar la vista en el desayuno que le había traído el posadero.

El vikingo se sentó frente a ella y se quedó mirando cómo bebía un sorbo del cuenco de leche caliente; luego, la saludó:

—Buenos días, Raine —el tono de su voz le recordó el placer que habían alcanzado juntos la noche pasada y consiguió que se ruborizara, lo que consiguió molestarla aún más, porque ella nunca se sonrojaba hasta que lo conoció.

—Hola. —Él sonrió al notar sus celos porque eso significaba que sentía algo por él—. ¿Qué vas a hacer hoy?

Decidió aparentar que no le molestaba haberlo visto tan cariñoso con otra mujer; tenía que recordar que en realidad no había nada entre los dos, pero no pudo evitar lanzarle un pequeño reproche.

—Hola, me ha sorprendido despertar y que no estuvieras en la cama.

Él encontró adorable su enfurruñamiento, aunque intentara aparentar lo contrario y estaba claro que tendrían que aclarar las cosas antes de decidir lo que iban a hacer durante el día.

—Sí, Urk me ha avisado de que Otkala me estaba esperando.

—¿Es amiga tuya? —A pesar de su intención inicial de aparentar indiferencia, la pregunta surgió de sus labios antes de darse cuenta.

—Sí, una buena amiga. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero ya le he dicho que no podemos seguir viéndonos. —Como ella se quedó en silencio sin saber qué decir, Wulf decidió cambiar de tema—: ¿Vas a ir a ver a Gerhard?

—Sí —se encogió de hombros—, ¿y tú?, ¿qué vas a hacer?

Él estaba decidido a no despegarse de ella, pero no iba a confesárselo directamente porque sabía que se negaría.

—También tengo que ir a verlo.

Ella lo miró durante un momento como si dudara de su palabra y, a continuación, siguió desayunando en silencio. Aunque Wulf notaba que seguía enfadada, sabía controlar muy bien sus reacciones.

—¿Cuántos años tienes? —la pregunta provocó que Raine lo mirara extrañada, mientras dejaba el tazón vacío en la mesa.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Vamos, no seas tan desconfiada, ¿no te parece normal que tenga curiosidad por saber la edad de la mujer con la que he pasado la noche? —Ella sonrió con algo de maldad en los ojos y Wulf se puso en guardia imaginando que no le gustaría lo que iba a contestar.

—Imagino que bastantes menos que tú y que la amiguita con la que estabas hace un momento.

—Otkala —dijo él con tono de voz tranquilo—, si la conocieras, te caería bien.

—No es necesario, pero gracias de todos modos. —Se levantó y se dirigió a la barra de la entrada para ver al posadero, pero se detuvo, volviéndose hacia él cuando se dio cuenta de que la seguía. Lo enfrentó, muy seria, preguntándole—: ¿Por qué me sigues?

Él contestó con otra pregunta:

—¿A dónde vas?

—A pagar y a pedir otra habitación, seguramente para una semana. —Antes de que pudiera acercarse al dueño de la taberna, Wulf la sujetó por el brazo impidiéndoselo.

—Ya le he dicho que nos quedaríamos unos días y que la habitación y la cuenta del comedor la pagaré yo. Además, no hay habitaciones libres ni está previsto que las haya en varios días. Es por la construcción de la catedral. Stavanger está lleno de artesanos que han venido de otras villas y no hay ningún otro lugar donde dormir. —Ella soltó el brazo de un tirón y se volvió hacia él echando chispas por los ojos.

—¡No tienes ningún derecho sobre mí! —Él chasqueó la lengua como si la regañara por perder el control.

—Te equivocas, lo tengo, pero igual que tú hacia mí y, sobre todo, después de lo de la noche pasada. —Ella levantó la barbilla, indignada, porque fuera tan rastrero como para recordarle lo que para ella fue algo muy especial estando tan claro que para él no había significado lo mismo. Él sonrió como si estuviera leyendo sus pensamientos y, quizás, así era—. ¿Hay algo que quieras preguntarme? —Estaba deseando contarle toda su vida, incluyendo su relación con Otkala, pero tenía que pedírselo.

—No me interesa saber nada sobre ti. —Con otra sonrisa burlona, cogió su mano y tiró de ella, llevándola hacia la salida de la posada.

—Entonces, vamos a la catedral a ver a Gerhard.

Ella comenzó a resistirse, pero se dio cuenta de que había varios clientes que estaban desayunando, y se interesaban en su discusión. Asintió rígidamente, acompañándolo sin pelear.

Cuando entraron en la catedral, Wulf fue a buscar a Gerhard y ella pudo admirar mejor la grandiosidad del edificio que se terminaría en pocas semanas y anduvo junto a los bancos de madera donde se sentarían los feligreses, observando los dibujos de colores que la luz proyectaba en el suelo al pasar a través de las hermosas vidrieras de colores que había en las paredes. Le gustaron especialmente las baldosas de un suave color amarillo que cubrían todo el piso de la catedral, en las que no se fijó el día anterior.

Al ver que no había nadie cerca de ella, se sentó en uno de los bancos para observar los arcos del techo, que estaban formados por piedras todas iguales esculpidas en forma de cubo, que se sostenían milagrosamente y que le parecía increíble que hubieran sido construidos por un grupo de hombres. Luego, hizo algo que no recordaba haber hecho nunca, cerró los ojos y dejó que la paz que sentía a su alrededor la inundara.

No sabía cómo dirigirse a ninguno de los dioses de su gente, su padre no le había hablado demasiado sobre ellos, solo para contarle alguna de las leyendas que los rodeaban porque no era un hombre religioso, pero en aquel lugar tan impresionante entendió que la gente creyera en los dioses.

Wulf salía en ese momento junto a Gerhard del despacho de este, e iban a entrar en la nave central de la catedral para reunirse con Raine, cuando el vikingo se detuvo abruptamente al verla con los ojos cerrados como si estuviera rezando, provocando que Gerhard también lo hiciera.

El pelirrojo sonrió al ver la expresión de Wulf y dijo:

—Es una muchacha estupenda, pero me parece que, si no haces algo para que cambie de opinión sobre ti, se te va a escapar. —Wulf abrió la boca para contradecirle, pero en ese momento vieron cómo entraba en el edificio un hombre de mediana edad calvo y rechoncho, vestido lujosamente, acompañado por otro más joven cuyas ropas eran más sobrias, aunque también eran

de calidad.

El acompañante era alto y musculoso, y llevaba colgadas al cinto una espada y una daga. Wulf se quedó rígido al reconocerlo y aún más al ver la mirada que el recién llegado dirigió a Raine.

El hombre rechoncho se quedó algo rezagado, hablando con un carpintero que estaba trabajando en un bloque grande de madera subido a un andamio, mientras que el otro le dijo algo en voz baja y caminó con ligereza hacia Raine que seguía sentada en el banco y, cuando llegó junto a ella, la llamó por su nombre. Wulf echó a andar hacia los dos casi sin darse cuenta, deseando saber qué relación tenía su andsfriende con Morten Svenson, el yerno del hombre más rico de la ciudad.

Raine giró la cabeza al escuchar su nombre sin reconocer al principio al hombre que esperaba, expectante su reacción, pero cuando volvió a mirar su rostro, reconoció esos ojos verdes rodeados de largas pestañas rubias y se levantó muy sonriente. Porque, al contrario que su padre, ella siempre le había tenido mucho cariño.

—¡Morten, qué alegría! —Salió al pasillo y se fundieron en un abrazo.

Morten la separó un momento de él, para ver los cambios que se habían producido en su rostro.

—¡Estás aún más hermosa que como te recordaba! Y no creía que tal cosa fuera posible. — Por encima de su hombro, ella vio que Wulf se acercaba hacia ellos con cara de pocos amigos, y sonrió con algo de maldad, contenta por no ser la única que se pusiera celosa ese día.

—Ivarr nos dijo que te casaste con una chica de aquí. —Con falsa sonrisa, Morten se volvió para señalar a su suegro, pero se topó con el corpachón de Wulf al que parecía que no le hacía ninguna gracia que siguiera teniendo a Raine entre sus brazos.

—Hola. —Morten lo miró arrogante, pero Wulf podía ser más arrogante que cualquiera y arqueó una ceja, esperando.

Raine carraspeó y se metió entre los dos hábilmente, separándose de los brazos de Morten y acercándose, inconscientemente, a Wulf.

—Morten, te presento a Wulf, nos hemos conocido recientemente cuando me socorrió en el camino salvándome de unos ladrones. —Wulf la miró entrecerrando los ojos, extrañado por su mentira, pero se calló prudentemente.

—Wulf y yo ya nos conocemos. —Raine los miró extrañada por esa información y por las miradas de antipatía que se dirigían.

—¡Ah!, ¡qué bien! —Siguió sonriendo, pero se prometió que se enteraría de cómo se habían conocido los dos y de por qué no se soportaban.

—Te agradezco que ayudaras a Raine —después de decir eso a Wulf, Morten se dirigió a ella —: Si hubiera sabido que venías, podría haber ido a buscarte a la granja para acompañarte hasta aquí. —Ahora Wulf la miró como si la estuviera acusando de algo y se sintió obligada a explicarse.

—Morten estuvo en nuestra granja una temporada mientras mi padre le enseñaba a luchar.

—Allí fue donde me enamoré de Raine. —Ella lo miró asombrada por sus palabras, pero Wulf evitó que tuviera que contestar semejante afirmación.

—Imagino que ese enamoramiento se te pasaría al conocer a tu esposa.

Morten torció el gesto, poco acostumbrado a que nadie le dijera algo parecido, pero enseguida volvió a sonreír y al ver esa sonrisa, Raine empezó a entender por qué nunca le había gustado a su padre como posible yerno. En lugar de sonreír parecía estar enseñando los dientes como si amenazara a alguien.

—Si has ayudado a Raine, entonces yo también estoy en deuda contigo. Soy amigo de Valar y te lo agradezco en su nombre, algo que estoy seguro de que él también haría si estuviera aquí.

Wulf se guardó para sí lo que pensaba de esas afirmaciones, pero Raine contestó en su lugar:

—Morten, mi padre murió hace unos días.

Él, sorprendido, abrió la boca para preguntar algo, pero los interrumpió el hombre que había entrado con él en la catedral y que se colocó junto a ellos, acompañado por Gerhard. Morten evitó la mueca de disgusto que afloró a su cara por la interrupción, y forzó una sonrisa como si estuviera encantado de que su suegro los hubiera interrumpido. Se volvió hacia él con una inclinación de la cabeza en señal de respeto, que desagradaron tanto a Raine como a Wulf porque ambos odiaban la falsedad.

—¡Ah!, ¿ya has terminado, Arne? Entonces permíteme que te presente a Raine Norensen, es la hija del gran Valar, el que me enseñó a luchar. —Luego se volvió hacia ella—: Este es mi suegro, Arne Gottfridsen, uno de los mayores contribuyentes a la catedral. —Dándose cuenta de su falta de educación, Morten incluyó en el último momento a Wulf en la presentación—. Y este es Wulf, él también estuvo en el ejército.

Arne levantó una mano para saludar a los dos, mirándolos con ojos de lince. A pesar de su aspecto inofensivo, Raine pensó que era mucho más listo de lo que parecía.

—¿Trabajáis en la catedral? —Wulf contestó cogiendo a Raine por el brazo, alejándola de Morten que estaba demasiado cerca de ella.

—No, hemos venido a traer unas arpas a Gerhard para la catedral.

Wulf no sabía por qué, pero no quería que supieran por qué Raine había ido a Stavanger, un sexto sentido le avisó de que no lo dijera. La miró, instándola si quería llevarle la contraria, pero ella permaneció muda, como si estuviera de acuerdo.

—¡Ah, estupendo! Gerhard siempre ha dicho que las dos arpas serían el broche perfecto para el día de la inauguración. Estaba deseando que llegaran. —Se volvió a Gerhard que permanecía a su lado con una sonrisa obligada en la cara. Arne, inesperadamente, se giró hacia Raine y le dijo —: Esta noche doy una cena en mi casa como presidente del gremio de artesanos para celebrar el solsticio de Yule, y me gustaría que vinierais.

Wulf y ella se miraron sin saber qué decir, finalmente, ante la súplica que había en la mirada de Gerhard, aceptaron.

—¡Estupendo!, bueno, ya veo que todo marcha muy bien por aquí, así que nos vamos. Adiós a todos, nos vemos esta noche. —Aunque ni siquiera dirigió una mirada a Morten, este murmuró algo como despedida y salió deprisa detrás de él, dejando a los tres en silencio.

Raine tenía la sensación de que había estado presente en algún tipo de representación, pero no sabía muy bien de qué ni a qué se debía.

—Gerhard. —El pelirrojo movió la cabeza negativamente para que no dijeran nada delante de los artesanos que estaban trabajando en la nave.

—Venid.

Lo acompañaron a la habitación donde él trabajaba y los tres se sentaron después de que él cerrara la puerta.

—Arne es dueño de media ciudad y su contribución para la construcción de la catedral ha sido definitiva para poder terminarla. Pero, a cambio, he tenido que hacer algunas concesiones...

—¿A qué te refieres? —Gerhard pareció avergonzado.

—Es triste, pero es algo habitual. He tenido que dejar en sus manos la elección de qué artesanos se contratan y a quiénes no, aunque le dije que tenían que cumplir unos mínimos de



experiencia y talento. Os cuento esto para que sepáis por qué no tengo más remedio que tratar con él desde hace unos cinco años y creo que lo conozco bastante bien. Por eso, os puedo asegurar que la invitación que os ha hecho hace unos minutos para que vayáis a su casa, no ha sido casual. Y me temo que la razón eres tú, Raine.

Ella se irguió sobresaltada en la silla.

—¿Yo?, pero si no lo conocía...

—No, pero sí a su yerno. Cuando me he reunido con Arne mientras hablaba con el carpintero, me he dado cuenta de que hacía como que escuchaba lo que le decía el artesano, pero su atención estaba puesta en vosotros. Su hija es una chica que no es demasiado atractiva y que está locamente enamorada de Morten. Tienen dos hijos y él le ha sido infiel prácticamente desde que se casaron con todas las mujeres que ha podido. Sé, porque conozco bien a Arne, que lo sabe todo, pero aún no se ha decidido a deshacerse de su yerno precisamente por el amor que aún siente su hija Brigitta por él.

—¿Cómo es ella?

—Físicamente, igual que su padre, hasta en el pelo, pero, además, es una muchacha bastante simple. —Al recordar la rechoncha figura, casi calva, Raine entendió lo que quería decir—. A pesar de saber todo esto, debo pedir os que me hagáis el favor de acudir a la cena.

Wulf esperó a que Raine contestara, pero ella desvió la mirada mientras decidía. Había pensado pasar una noche tranquila después de conseguir como fuera otra habitación independiente de la de Wulf, para revisar tranquilamente los documentos del legado de su padre, pero la mirada de Gerhard le hizo decidirse a pesar de que no le apetecía nada volver a ver a Morten y, además, acompañada por Wulf. Intuía que esa noche le traería problemas.

—Está bien, iré. —Wulf, con una ceja arqueada, asintió decidido a no perderla de vista ni un momento.

—Yo también, por supuesto.

—Os lo agradezco, pero tened cuidado, ya os he dicho que estoy convencido de que quiere que vayáis para ver qué relación tenéis con su yerno. Sobre todo, tú, Raine, estoy seguro de que no se quedará tranquilo hasta asegurarse de que no tienes nada con Morten.

—Eso no me anima demasiado a ir a la cena —protestó ella, pero Wulf, por el contrario, quería que fuera y acompañarla, aunque él para saber qué pretendía Morten de Raine. Nunca se había fiado de él y ahora, estando ella por medio, menos todavía.

—Nos lo pasaremos muy bien, estoy seguro —Pero Raine le sorprendió al decir:

—He traído una falda y una blusa que me cosió Sif hace tiempo para una ocasión parecida, aunque la verdad es que no pensé que la fuera a necesitar. —Wulf no pudo evitar sonreír porque nunca había conocido una mujer que se preocupara menos por la ropa que se iba a poner.

## OCHO

Después de atravesar el portón de la propiedad de Arne Gottfridsen, Wulf y Raine vieron dos construcciones muy nuevas: la casa y los establos. La casa estaba construida con piedras rojizas perfectamente pulidas y encajadas entre sí, sin necesidad de utilizar ningún tipo de argamasa, lo que indicaba que habían pasado por las manos de los mejores artesanos de la ciudad. Habían decidido ir en el carro de Wulf para que Raine pudiera llevar puesta la falda y la blusa, y se dirigieron a los establos para dejarlo. Encima de la ropa de vestir, los dos llevaban ropa de abrigo, ya que parecía que estaba a punto de nevar.

En cuanto se bajaron del carro apareció un chico moreno con cara de espabilado que se hizo cargo de los caballos, y Wulf le dio una moneda pidiéndole que cuidara bien de ellos. Después, ofreció el brazo a Raine y se dirigieron a la casa. Al entrar, los recibió una sirvienta que los llevó hasta el salón.

Era muy grande y lo más llamativo en él, era la gigantesca chimenea que había en una esquina, donde ardía el tradicional leño de Yule por el solsticio de invierno. También había muérdago colgado por muchos sitios, siguiendo la tradición. Alrededor de la chimenea había varias butacas y sillones que ahora estaban vacíos y que formaban un lugar muy acogedor para pasar el rato después de las comidas, sobre todo si en el exterior hacía tanto frío como hoy.

Wulf dio un paso para entrar, pero ella lo sujetó por el brazo, indecisa, provocando una mirada sorprendida de él.

—¿Qué ocurre? —Ella miraba hacia el salón con una cara extraña, intuyendo algo, Wulf agachó la cabeza hacia ella y susurró de nuevo—: ¿Qué te sucede, Raine? —Parecía asustada—. ¿Quieres que nos vayamos?

El ofrecimiento provocó que lo mirara a los ojos y en el fondo de ellos a Wulf le pareció ver algo parecido al miedo, lo que lo sorprendió, pero antes de que dijera nada, ella le contestó:

—No, es solo que nunca he visto a tanta gente junta en una habitación y he tenido una sensación muy extraña.

Eso lo entendía perfectamente porque en el salón debía de haber al menos cien personas que estaban sentados en tres grandes mesas colocadas en vertical, mientras que los que parecían la familia y amigos más íntimos de los dueños, entre los que estaban Morten y su suegro, se encontraban en una mesa, al fondo, en posición horizontal, presidiendo la cena.

Wulf le dio tiempo para que se decidiera, saliendo hacia el pasillo para dejar pasar a los invitados que seguían llegando y Raine, después de unos minutos, se decidió, afirmando con la cabeza.

—Vamos.

Wulf le hizo una señal a la sirvienta cuando volvió a estar libre y la siguieron hasta sus asientos. Los colocó cerca de la entrada donde hacía más frío y estaban más lejos de los anfitriones; era el sitio donde se solía sentar a las visitas menos importantes, lo que era normal porque no conocían a nadie.

Les trajeron un plato con asado a cada uno de ellos, al igual que a los demás, y comenzaron a comer rodeados por la algarabía de las conversaciones y los gritos de algunos niños que corrían entre las mesas. Raine miraba a su alrededor sin comer, hasta que Wulf apretó su mano.

—¿Quieres que nos vayamos? —Ella negó repetidas veces con una sonrisa.

—No, no, estoy bien.

Pero su preocupación hizo que se sintiera mejor y se obligó a probarlo.

Al final de la sala vieron a Morten sentado junto a la que debía de ser su mujer que lo miraba como si fuera un dios, al lado de sus padres.

Wulf y Raine estuvieron hablando durante la cena con una pareja que estaba sentada a su lado y que habían venido de un pueblo cercano, invitados por el dueño de la casa. Tenían dos niños que se pasaron casi toda la cena corriendo alrededor de la mesa. Eran muy agradables y Raine se sorprendió disfrutando con su conversación, hablando los cuatro de todo tipo de cosas intrascendentes hasta que se levantaron a bailar. Entonces ellos se quedaron en silencio hasta que los sorprendió la voz de Morten.

—¡No os había visto! ¿Hace mucho que habéis llegado? —Se colocó tras Raine y puso la mano en su hombro en actitud posesiva, provocando que Wulf entrecerrara los ojos observando la mano invasora. Raine, que se sentía muy incómoda, se volvió para contestar a Morten echando una mirada de reojo a Wulf, pidiéndole sin palabras que no dijera nada.

—Hace un rato. —Wulf dejó los cubiertos encima del plato y Morten le sonrió con burla, dando un último apretón a Raine antes de quitar la mano, pero no se apartó por Wulf, sino porque su suegro lo estaba mirando fijamente desde que se había dado cuenta de con quién estaba hablando. Raine, intentó rebajar la tensión:

—Está todo buenísimo, Morten, por favor, agrádecécelo a tus suegros.

—Estupendo, disfrutad de la cena, por cierto, Wulf, hay algo que tengo que hablar contigo. — Raine observó, preocupada, cómo Wulf se levantaba y seguía a Morten que se había apartado de la mesa unos metros para que pudieran hablar a solas.

Wulf echó una última mirada tranquilizadora a Raine y se volvió a mirar a Morten. El tiempo le trataba bien, seguía teniendo la misma cara de inocente y casi parecía igual de joven que siempre. Con el pelo rubio y los ojos azules, la primera impresión que causaba siempre era muy buena, al contrario que Wulf que era moreno y tenía los ojos negros. Eran casi igual de altos, y Morten seguía manteniéndose en forma, al menos aparentemente.

—¿Qué quieres? No me gusta dejar sola a Raine.

Al escuchar la familiaridad con la que decía su nombre, el gesto de Morten se torció y contestó quitándose la máscara:

—Precisamente de eso quería hablar contigo, quiero que me digas cuáles son tus intenciones con respecto a ella. —Wulf sintió que su genio, que había mantenido a raya hasta el momento, se encrespaba por la altivez de su tono, pero pensó en Raine y consiguió mantener su carácter a raya.

—¿Y quién eres tú para preguntarme tal cosa? —Sintió cómo sus músculos se abultaban por la necesidad de medirse con él.

—Su defensor, si ella lo necesita.

—Morten —sonrió con burla—, ocúpate de tu mujer y deja a Raine en paz, no hagas que tenga que repetírtelo.

El otro, enfurecido, se puso como la grana.

—No eres nadie para decirme que me mantenga alejado de ella.

Wulf se acercó hasta estar a pocos centímetros de su cara y dejó que sus ojos cambiaran de color al azul berserker, sabiendo cuánto impresionaba dicho cambio. Escuchó la rápida inspiración producida por el miedo de su contrincante, que dio un paso atrás al verlo y Wulf decidió decirle lo que pensaba de verdad, aunque se aseguró de que su tono de voz fuera tan bajo

que solo lo escucharan los dos.

—Su padre no está aquí para defenderla, pero yo sí, y te lo advierto, Morten, aléjate de ella si no quieres que te arranque la cabeza —después de susurrar su amenaza, se dio la vuelta satisfecho al ver su expresión de terror. Sabía que se había buscado un enemigo, pero no lo temía. Estaba deseando que le pidiera un holmgang, así podrían dirimir su disputa con una pelea limpia. Con espadas, o como fuera, le daba igual, pero si Morten insistía en seguir molestando a Raine, se las vería con él.

El otro se dio la vuelta con una maldición entre dientes y salió del salón y Wulf volvió junto a Raine.

—¿Qué ha pasado? —Se encogió de hombros sin ganas de contestar, pero ella lo sujetó por el brazo con fuerza, antes de que cogiera su vaso de hidromiel. Entonces la miró y vio su preocupación.

—Morten solo quería asegurarse de que mis intenciones hacia ti eran nobles —ironizó.

Raine miró hacia la mesa donde se sentaba Morten y a donde todavía no había vuelto y tuvo un mal presentimiento.

—No me gusta esto, Wulf. No quiero que os peleéis por mí. —Wulf la miró fijamente y esta vez ella le mantuvo la mirada, acelerándosele el corazón al ver lo que había en el fondo de sus ojos oscuros.

—Terminemos de cenar. Si quieres, luego, cuando estemos a solas, hablaremos de lo ocurrido y sobre lo que quieres tú y lo que quiero yo.

El resto de la noche transcurrió con normalidad y, después de un único baile en el que Wulf casi tuvo que obligarla para que lo bailara con él, y de despedirse de los suegros de Wulf y de su mujer, ya que él seguía desaparecido, se marcharon. Raine había bebido más de lo aconsejable, preocupada por la conversación que tenían pendiente y por la actitud de Morten, porque cada vez estaba más convencida de que su padre tenía razón al decir que no era de fiar. Cuando se pusieron las capas, se dirigieron a los establos donde cogieron el carro y emprendieron el camino hacia la posada.

—Está empezando a nevar. —Wulf miró a Raine durante un segundo porque estaba demasiado callada—. Acércate un poco a mí. —Estaba temblando y Wulf alargó el brazo izquierdo, la cogió por la cintura y la acercó a su cuerpo para que entrara en calor y, ante su sorpresa, se abrazó a él.

—No me gusta que peles con Morten, es peligroso. A mi padre no le gustaba, nunca supe qué le ocurrió con él porque no quiso decírmelo, pero siempre me avisó de que tuviera cuidado con él.

—No te preocupes, sé cómo las gasta Morten y es normal que a tu padre no le gustara porque es un tramposo y un cobarde. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—¡Por eso debes tener cuidado! Pero no me has contado de qué os conocéis. —Seguía abrazada a su musculoso brazo intentando entrar en calor porque se había levantado un frío helador.

—Lo tendré, tranquila. Parece que te molestaría si me pasara algo —insinuó con suavidad, pero ella se mantuvo callada y él decidió dejarlo pasar—. En cuanto a cómo nos conocimos... fue en el ejército, pero estuvo muy poco tiempo, enseguida lo echaron por cobarde. Nadie guarda buen recuerdo de él y eso que llegó diciendo que era discípulo de Valar. —Ella se quedó boquiabierta, pero antes de que pudiera contestar, ya habían llegado a los establos de la posada y dejó que Wulf la bajara del carro después de aparecerse él mismo de un salto.

—No me has contestado antes. ¿Lo sentirías si me pasara algo? —Raine tenía la sonrisa fácil esa noche, debía ser por el hidromiel.

—Sobre todo por Finna, porque le has prometido que hablarías con tu amigo para que viniera a tocar el arpa. No puedes decepcionarla —bromeó y se estremeció al escuchar la risa grave y profunda de Wulf.

En cuanto dejaron el carro, Wulf la cogió de la mano para llevarla corriendo, entre risas, hacia la entrada de la taberna huyendo del frío. Así subieron por las escaleras, pasando delante de algunos clientes que estaban bebiendo en la barra, hasta llegar a la habitación que compartían. Cuando él cerró la puerta y se apoyó en ella, se quedaron mirándose, mientras ambos respiraban agitadamente y se quedaban serios de repente; entonces, Wulf, sin dejar de mirarla a los ojos, alargó su brazo derecho y la enlazó por la cintura atrayéndola hacia él.

Raine no opuso resistencia ya que mientras volvían en el carro, no había dejado de pensar en lo que sabía que iba a ocurrir entre los dos esa noche. Se relamió nerviosa y él gruñó al verla; la besó y ya no hubo marcha atrás, acarició la curva de su espalda y descendió por su columna hasta el final. No podía esperar más, la deseaba demasiado. La cogió entre sus brazos, acunándola contra el pecho y en dos zancadas se colocó junto a la cama, donde la depositó con suavidad.

Raine lo miró ruborizada, observando que sus ojos ya eran de un color azul ardiente. Ella, gracias a que su padre era un berserker, sabía que ese color aparecía en momentos de furia, pero también de profunda emoción. Con un estremecimiento, observó su cuerpo musculoso y rígido por el deseo; Wulf, arrodillado junto a la cama, enterró la cara en su cuello que besó apasionadamente y que después raspó con sus dientes, luego, mordió con fuerza el lóbulo de su oreja provocando que ella se volviera loca de placer. Wulf sentía que Raine era una necesidad a la que no podía ni quería resistirse y estaba desesperado por volver a unirse a ella.

La luna brillaba a través del cristal de la pequeña ventana de la habitación cubriendo sus cuerpos de un resplandor plateado, mientras los copos de nieve caían lentamente en la noche como pequeños cristales transparentes.

Raine se abrazaba a Wulf y acariciaba su fuerte espalda sintiendo que había encontrado su hogar, pero, de repente, se apartó de él decidida a aclarar algo antes de seguir adelante. Él la dejó ir con un ceño feroz, sin entender qué ocurría, pero esperó a que ella dijera lo que quería.

—Wulf, hay algo que debo decirte. Te deseo y creo que eres un buen hombre, pero no quiero unir mi vida a nadie y menos a un berserker. —Él la miró incrédulo, pero se mordió la lengua dejando que se explicara—. No tengo nada contra ti, pero mi padre nunca volvió a ser feliz desde que mi madre murió y solo siguió viviendo por mí. Y yo no quiero sufrir de esa manera si perdiera a mi pareja.

—¿Prefieres no conocer la unión total entre dos almas por temor al sufrimiento? —Lo miró avergonzada porque, dicho así, sonaba a cobardía por su parte, pero se calló por tozudez. Entonces, sin que se lo esperara, Wulf se separó de ella y se puso de pie y, desde su gran altura, la miró con frialdad y con decepción en la mirada—. Está bien, estoy harto de pelear contigo continuamente. No te molestaré más. —Al escuchar la seriedad de su voz, Raine sintió un escalofrío.

—Pero —balbuceó y se incorporó en la cama apoyándose en los codos al ver que cogía la capa de piel para ponérsela—... no hay habitaciones libres, ¿dónde vas a ir?

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Ella observó cómo cerraba la puerta con suavidad al marcharse, ya arrepentida por lo que había dicho. Ahora no dormiría pensando si de su cama iría a la de esa mujer... Otkala.

Mordiéndose los labios y enfadada consigo misma, aporreó la almohada unas cuantas veces, se levantó para desnudarse y se metió bajo las sábanas, aunque estaba segura de que no pegaría ojo.

## NUEVE

Wulf se fue directamente a los establos decidido a dormir con su caballo, hasta que recordó que eran dos y que no había sitio en el lugar donde dormían, y se dirigió al lugar donde descansaba Abacur, el corcel de Raine y se hizo un hueco allí, con una manta que había cogido en la entrada y que utilizó como almohada. Enfadado consigo mismo por haberse dejado llevar por su mal genio, preparó un lecho formado con paja mientras el caballo lo observaba atentamente.

—He sido un imbécil por haber perdido tan pronto la paciencia, pero también te digo que no sé por qué la aguantas. —Segundos después, él mismo se contestó—: Bueno, sí lo sé, porque una sonrisa tuya te compensa de todo lo demás.

La mirada inteligente de Abacur pareció observarlo con lástima.

—Siento no poder seguir charlando contigo, pero tengo que dormir algo porque amanecerá en pocas horas. —Entonces le dio la espalda, tumbándose de costado y cerró los ojos.

Distraído por Raine y achispado por lo que había bebido durante la cena, no se había dado cuenta de que un hombre los había seguido discretamente desde la casa de Arne y se había quedado vigilando la posada. El espía vio cómo Wulf se iba a dormir a los establos y, en ese instante, se marchó para avisar a su jefe de que ese era el mejor momento para atacar.

Wulf se despertó al escuchar unas pisadas sobre la paja acercándose, pero cuando levantó la cabeza, con los reflejos afectados por el alcohol y el sueño, lo hizo tarde y el primer golpe le llegó con una fuerza tan brutal que sintió una explosión de dolor atravesándole el cráneo. Se esforzó todo lo que pudo por mantenerse despierto y levantarse, pero comenzó a recibir una lluvia de golpes por todo el cuerpo que le impidieron hacerlo y, después de recibir otro golpe en el cráneo, la oscuridad se cernió sobre él y se quedó inconsciente. A pesar de ello, los seis cobardes que estaban atacándolo, siguieron moliéndolo a golpes con todas sus fuerzas.

Raine se despertó al escuchar que alguien llamaba incesantemente a la puerta de la habitación, bostezó sentándose en la cama y miró a su alrededor con la esperanza de que Wulf hubiera vuelto durante la noche, pero no era así. Se puso unos pantalones y una camisa y se encontró al posadero al abrir la puerta. Al ver su cara, supo que algo terrible acababa de ocurrir.

—¡Wulf está en los establos malherido, al parecer, una cuadrilla de malhechores le han pegado una paliza!

Apartándolo a un lado, Raine bajó corriendo las escaleras sin percatarse de que no se había calzado. Salió a la calle sin notar el frío que hacía y corrió hacia los establos; una vez allí, vio que el chico que cuidaba de los caballos estaba arrodillado al fondo, junto a lo que parecía un cuerpo. Volvió a correr para llegar hasta él sintiendo que le faltaba el aire y el chico, al verla, se apartó, por lo que por fin pudo verlo y cayó de rodillas ante él con el corazón encogido, pensando que había muerto.

De la boca de Raine salió un grito lleno de dolor y de incredulidad al ver de qué manera tan salvaje lo habían golpeado. La cara de Wulf se había transformado en un bulto sangrante y su cuerpo estaba tan lleno de golpes que no se atrevía a tocarlo, pero casi se volvió loca de alegría al ver que todavía respiraba y se limpió las lágrimas a manotazos decidida a salvarle como fuera. La cabeza de Wulf estaba ladeada hacia la pared de madera donde Abacur aún temblaba asustado,

seguramente por haber contemplado la bestialidad de la que eran capaces los seres humanos. Apartando con gran esfuerzo la mirada del horrible espectáculo, se dirigió al chico que seguía arrodillado a su lado con voz trémula:

—¿Qué ha pasado?

El muchacho hizo una mueca antes de contestar:

—Cuando he llegado para ocuparme de los caballos como todos los días, he visto huir a varios hombres armados con palos. —Ella volvió a mirar a Wulf tragándose la furia, porque eso no le serviría de nada en este momento.

—Por su posición, seguramente lo pillaron durmiendo —susurró Raine. Y la culpa era suya, porque casi lo había obligado a marcharse de la habitación estando medio borracho. Si hubiera estado bien, los habría visto venir y no lo pillarían con la guardia baja. Retiró el pelo ensangrentado de la cara que era casi irreconocible, con sumo cuidado. Luego, cogió su mano despacio, intentando que supiera que estaba allí y, sin dejar de mirarlo, se dirigió de nuevo al chaval:

—¿Cómo te llamas?

—Jar, señora.

—Jar, necesito que me hagas un favor. —El chico la miraba muy atento—. Ve a buscar a maese Gerhard, ¿lo conoces? —el chico asintió, muy serio—, y quiero que le digas que vas de parte de Raine, coméntale lo que le ha pasado a Wulf y que necesitamos un médico. —Al escuchar ruido de pisadas detrás de ellos, Raine se volvió, pero era el posadero—. Que es muy urgente, lo esperamos en la habitación. —El chico no esperó más y salió disparado.

Raine, aún arrodillada, no esperó a que llegara el posadero junto a ellos.

—¿Me ayudas a subirlo a la habitación?

—No creo que podamos hacerlo entre los dos. —La miró, dudando de ella.

—Soy fuerte, no te preocupes.

Lo levantaron con mucho esfuerzo cogiéndolo cada uno de un lado, y lo llevaron como pudieron a la habitación. Cuando lo tumbaron en la cama, Raine lo dejó en ropa interior y luego cogió un paño húmedo y comenzó a limpiarle la sangre con cuidado.

—Necesitaré más agua tibia. —Urk esperaba en la puerta, indeciso, y se dio cuenta de que había algo más que no le había dicho—. ¿Qué? —Ahora no tenía paciencia para hablar con nadie, Wulf necesitaba todas sus energías.

El anciano intentaba valorar si debía decirle lo que sabía, pero al final decidió hacerlo.

—Jar ha reconocido a alguno de los cobardes que le han hecho esto a Wulf. —Ella se irguió y caminó hacia el posadero con el paño húmedo y manchado de sangre en la mano, parándose frente a él y esperando. Hasta que se decidió a contárselo—. Dice que trabajan habitualmente para Morten. Él y su suegro son temidos por toda la ciudad, son muy poderosos y capaces de todo. Wulf se ha buscado los peores enemigos posibles.

Ella le agradeció la información con un murmullo a pesar de que sintió que se helaba por dentro y decidió que, si Wulf moría, se cobraría a cambio la vida de ese traidor. ¡Cuánta razón tenía su padre cuando le pedía que no se fiara de él y qué tonta había sido ella al no hacerle caso! Cada vez era más evidente que, si no fuera por ella, Wulf no estaría así.

El posadero seguía esperando y ella entendía por qué.

—Imagino que no es bueno para ti que nos quedemos aquí después de lo ocurrido. —Aunque él no lo confirmó, ella supo que era así. Arne y Morten podían hacerle la vida imposible de muchas maneras—. No te preocupes, en cuanto me digan que puedo moverlo, me lo llevaré de



aquí.

—¿Dónde vais a ir? —Ella no le contestó, prefería que nadie supiera dónde iba a llevarlo y, si pudiera, se marcharían enseguida. Estaba segura de que Morten no se imaginaba que harían tal cosa. Y cuando Wulf estuviera mejor, que ese asesino traidor se preparara, porque ella misma acabaría con él.

Urk, dándose cuenta de que no iba a recibir contestación, se volvió para salir, pero antes le dijo:

—Enseguida te traeré el agua y, por favor, pídemelo lo que necesites. En cuanto vuelva Jar con el médico, les diré que suban. —Ella asintió, aunque no había sido consciente de que el posadero había escuchado la petición que le había hecho al muchacho.

—Gracias, Urk.

—De nada. Wulf es amigo mío, lo único que quiero es que se ponga bien. En cuanto a los que le han hecho esto... son unos cerdos.

Después, salió de la habitación dejándolos solos. Ella se volvió hacia la cama y le dio un vuelco el corazón al ver que Wulf la miraba por el único ojo que podía abrir, ya que el otro estaba demasiado hinchado. Raine corrió hacia él llorando de nuevo y él, viéndola en ese estado, maldijo e intentó incorporarse para abrazarla, pero no pudo.

—¡Maldita sea, Raine! No llores —solo podía susurrar porque el dolor de la mandíbula le impedía moverla demasiado, ella se sentó junto a él respirando hondo y, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas, no se atrevió a abrazarlo.

—Lo siento, ha sido por mi culpa... —Wulf cogió la mano de ella y la llevó hasta su mejilla.

—Shhh, no digas eso, no es verdad. Tú no tienes culpa de nada. Estoy aquí, pequeña, y me curaré; tengo la cabeza demasiado dura para que acaben conmigo esos brutos —bromeó. Ella consiguió sonreír y le dio un beso rápido en los labios, pero Wulf quiso tranquilizarla.

—Raine...

—No, estate quieto y callado, Wulf, por favor. Hablaremos cuando estés mejor. —Soltó una risita nerviosa—. Creo que he llorado más desde que te conozco que en toda mi vida. —De repente se le ocurrió algo y fue a por su espada, que estaba apoyada contra la pared junto a la de Wulf y, sacándola de su funda la dejó sobre la cama; luego, volvió a su lado y siguió limpiándole la sangre—. He avisado a Gerhard para que traiga un médico, porque no me fío de nadie en esta ciudad. ¿Hay algo más que quieras que haga?

A Wulf le estaba costando concentrarse. Tenía un fuerte dolor de cabeza y estaba mareado, sabía que era efecto de los golpes y que, tarde o temprano, volvería a quedarse inconsciente, pero luchó contra ello porque no quería que estuviera sola.

—Puedo llevarte a mi granja, allí no van a seguirnos.

—No —sus ojos estaban cada vez más vidriosos, costándole mucho unir sus pensamientos—, el camino... puede ser peligroso... podrían mandar a alguien para atacarnos.

Entonces fue cuando Raine se dio cuenta de que él había sabido quién era el que había enviado a esos matones para que lo asesinaran.

—Haré lo que tú quieras.

—Envía a alguien a por Lars, a la isla, Gerhard sabe dónde es y que le cuenten lo que ha pasado. Si sale ahora, pueden estar de vuelta esta noche o mañana como mucho.

—De acuerdo, lo haré, no te preocupes. —Se levantó para enjuagar el trapo, pero cuando volvió junto a él, estaba de nuevo inconsciente.

Gerhard apareció con el médico poco después y se quedó hasta que lo atendió, incluso él fue el que le pagó por sus servicios en contra de los deseos de Raine que quería haberlo hecho ella. Por fin, después de darle un unguento del que dejó un tarro para las siguientes curas y de vendarlo, se marchó y ella pudo explicarle a Gerhard con unos cuantos susurros lo ocurrido. El pobre hombre estaba asombrado.

—Por supuesto que conozco la fama que tiene Morten, pero ¿qué razón tenía para hacerle esto? —Señaló la cama en la que yacía Wulf, que todavía no se había despertado—. Creía que prácticamente no se conocían.

Ella se mordió el labio inferior.

—Me temo que la razón soy yo. Anoche tuvieron unas palabras, pero Wulf no quiso contarme lo que se habían dicho —Gerhard, escuchándola, pareció aún más preocupado.

—Entonces, ¿es cierto que está interesado en ti?, esa fue la impresión que me dio ayer en la catedral, pero no me imaginé que se atreviera a tanto. —Gerhard se quedó mirando a Wulf y apretó los labios como si hubiera tomado una determinación—. Por lo que me has dicho, necesitas que alguien vaya a buscar a Lars Belleck. —Ella asintió.

—Sí, por favor, y tiene que ser alguien de total confianza.

—Lo entiendo, no te preocupes. El hijo de uno de los artesanos monta muy bien a caballo, y él y su padre son buenos amigos. Yo me encargo de todo, mientras, si queréis venir a casa... —ofreció, pero ella no quería crearle ningún problema. Después de todo, Gerhard tenía que seguir tratando con Morten por su suegro.

—No, no. Nos quedaremos aquí hasta que venga Lars, después, espero que Wulf haya despertado y decidiremos qué hacer, aunque me gustaría llevármelo a la granja.

Gerhard la observaba contento, por su nueva actitud hacia Wulf y, más aún, cuando vio su expresión al escucharlo despertarse.

—¿Qué ha pasado? —soltó un juramento motivado por el dolor, llevándose la mano a las costillas que le habían vendado.

Raine se apresuró a llevarle un vaso de agua y, levantándole la cabeza, lo ayudó a bebérsela porque el médico le había dicho que tenía que beber bastante. Cuando terminó, Wulf apartó las ropas de la cama y pasó las piernas por el borde del colchón con la evidente intención de bajar de la cama.

—¿Qué haces, Wulf? —exclamó Raine—. ¡Te acaban de dar una paliza que ha estado a punto de matarte! ¡El médico ha dicho que no puedes moverte en unos días!

Pero él consiguió sentarse, aunque se llevó la mano a la cabeza que le dolía como el demonio.

—Ayúdame a vestirme, no podemos quedarnos aquí. Corres peligro, y no permitiré que ese loco te haga daño. En cuanto pueda, iré a por él, y...

Se mareó y estuvo a punto de caerse hacia delante, pero ella lo cogió a tiempo, aunque tuvo que ayudarla Gerhard porque pesaba demasiado.

—¡Vuelve a acostarte ahora mismo, Wulf!

—Tengo que levantarme, no puedo quedarme acostado. —Gimió de dolor y ella recordó la poción que le había dado el médico por si Wulf no se podía dormir.

—Vas a matarte y así no conseguirás protegerme —estaba desesperada y, si era necesario, lo engañaría—, al menos, tómate la medicina que ha dejado el médico antes de levantarte, esto te quitará el dolor.

Él asintió y ella cogió el jarabe y le dio una cucharada, convenciéndolo para que volviera a tumbarse.

—Acuéstate un poco, solo unos minutos hasta que te haga efecto...

Él obedeció con un rictus en el rostro, cerrando los ojos mientras Gerhard los miraba a los dos, sorprendido porque parecían una pareja que llevara muchos años juntos, y no un par de desconocidos que se habían visto por primera vez pocos días antes.

Minutos después, Wulf había vuelto a quedarse dormido. Y Gerhard se marchó con una nota escrita por Raine para que su conocido se la llevara a Lars, pero antes de marcharse le dijo que esperaba que pudieran volver a verse pronto. Cuando se quedaron solos, ella se sentó junto a su espada y Wulf en una silla que colocó mirando a la puerta. Quería estar preparada por si tenían alguna «visita» inesperada.

## DIEZ

Esa misma noche, aunque de madrugada, llegó el famoso Lars acompañado de dos guerreros del mismo tamaño que Wulf, pero muy diferentes a él. Estos eran dos gemelos muy rubios, con los ojos azules que parecían estar siempre sonrientes. Lars, por el contrario, era un hombre taciturno, de cabello castaño y con la mitad del rostro deformado por una enorme cicatriz que parecía haber sido provocada por una quemadura. También era alto, aunque no tanto como los gemelos y Raine sabía que era el mejor amigo de Wulf.

Cuando llamaron a la puerta del dormitorio, cogió la espada por si acaso y preguntó quién era, para que Wulf, que volvía a estar despierto y enfadado porque le hubiera engañado con la medicina, confirmara que eran amigos.

—Soy Lars Belleck, vengo acompañado de Leif y Finn, Wulf nos conoce. ¿Está ahí?

—Déjalos pasar, Raine —murmuró Wulf con rigidez, debido a que le dolía mover la boca al hablar. Ella abrió la puerta y se hizo a un lado y los tres hombres entraron en la pequeña habitación.

Lars se acercó a Wulf el primero y, al ver su estado, el gesto de su rostro se volvió demoníaco y Raine supo que, si de él dependía, los que le hubieran hecho tal cosa morirían por su mano. Sin embargo, al hablar con Wulf bromeó, intentando quitarle importancia al asunto y, al ver el rostro algo más relajado de Wulf se dio cuenta de que lo conocía muy bien.

—Espero que fueran al menos veinte hombres los que te han dejado así, porque si no, es señal de que te estás haciendo viejo.

Se inclinó hacia él y Raine dio un paso hacia ellos por temor a que le hiciera daño, pero Lars fue muy cuidadoso al coger a su amigo del antebrazo, en el antiguo saludo de los compañeros de armas. Aunque a Raine le pareció que se habrían abrazado si Wulf no hubiera estado tan mal, además, a pesar de su estado, él sonreía, contento de verlos.

—Muchas gracias por venir, amigos. Temía por Raine, aunque ella es muy capaz de defenderse, pero no estamos luchando contra un enemigo honorable que luche de frente, al contrario.

Al ver que él no iba a contar nada, Raine decidió hacerlo:

—Yo soy Raine. —Lars dejó su sitio a los gemelos para hablar con ella y ellos saludaron a Wulf, aunque se notaba que no tenían la misma confianza con él que Lars, pero sí un gran respeto. Raine dedujo que Wulf era el superior de todos ellos—. El muchacho de los establos dice que lo atacaron seis hombres con palos, mientras dormía. —Lars miró a su amigo incrédulo.

—Y ¿qué hacías durmiendo en el establo?, ¿no tenías habitación?

Wulf echó una mirada rápida a Raine para que no dijera nada, y contestó:

—Es una larga historia. —Lars paseó la mirada entre los dos y murmuró:

—Comprendo. —Y realmente pareció discernirlo.

Raine decidió ir al grano:

—El caso es que la persona que ha enviado a esos hombres es un tipo poderoso de la ciudad, y me gustaría que nos fuéramos lo antes posible para poner a salvo a Wulf. —Lars pareció sorprendido y se dirigió a su amigo de nuevo, al que Raine estaba ayudando a sentarse en la cama.

—¿No quieres que pague por lo que ha hecho? —En ese momento, Wulf puso un gesto que

hizo que a Raine se le pusieran los pelos de punta, porque supo que, pasara el tiempo que pasara, o Morten o él, morirían.

—Lo pagará, Lars, no te preocupes, pero ahora lo que me importa es poner a salvo a Raine. — Ella se quedó boquiabierta ante la afirmación.

—Pero ¿conocías de antes a ese hombre? —Wulf hizo una mueca sarcástica.

—Y tú también, se trata de Morten. —Lars agrandó los ojos y luego frunció el ceño.

—¡Ese cobarde!, esperaba que estuviera muerto —murmuró.

—Como todos.

Los gemelos se habían colocado de pie a ambos lados de la cama y, en ese momento, Wulf se dirigió a ellos:

—Leif, no preparéis el carro hasta poco antes de marcharnos y no olvidéis el caballo de Raine, me imagino que querrá montarlo.

Ella lo interrumpió:

—No, yo iré contigo en el carro.

Así se aseguraría de que iba tumbado y de que no hacía ninguna locura. Él la miró extrañado, pero no dijo nada.

—Está bien, como quieras. —Wulf miró a Lars con el ojo que podía abrir y Raine tuvo que aguantarse las ganas de decirle que no hablara, que ellos se ocuparían de todo, pero sabía que no serviría de nada. A pesar de lo que le debían doler las costillas, según el médico se había roto dos al menos, había insistido en sentarse en cuanto habían llegado sus amigos—. ¿Cuánto necesitarán descansar vuestros caballos antes de que podamos marcharnos?

—Yo diría que con un par de horas más, será suficiente, ya que el viaje no ha sido largo. Además, podemos viajar de noche, algo que no esperará vuestro amigo, porque hay luna llena. No creo que haya problemas, y si se deciden a atacarnos, se llevarán una sorpresa.

—Sí, lo sé. Casi mejor, así nos da tiempo a preparar todo. —Lars echó un vistazo a Raine y vio que estaba hablando con Leif y Finn, y aprovechó el momento para inclinarse hacia su amigo y poder hablar en confianza.

—¿Y esta mujer, Wulf? ¿Qué ha pasado con Otkala? —Wulf sonrió a pesar del dolor que le producía hacerlo y su mirada se desplazó hacia Raine con un brillo en el rostro, que le dijo a Lars todo lo que necesitaba saber.

—Ya no podría mirar a otra mujer. En cuanto a Raine... ¡es una verdadera tigresa, Lars, no creerías cómo es!, ¡y cómo lucha! Es mi andsfrende. —Al escuchar el orgullo en su voz, Lars compuso una expresión de sorpresa que no le pasó desapercibida, por lo que intentó explicar a su amigo lo que sentía lo más humildemente que podía—. He sido muy afortunado, los dioses me han bendecido permitiendo que la encontrara.

—Me alegro por ti, amigo.

Raine, sin imaginar que hablaban sobre ella, los interrumpió:

—Perdonad, pero Wulf tiene que descansar, el médico ha insistido en ello. Y más si vamos a salir de viaje en pocas horas .

Lars asintió con aparente seriedad, a pesar de que su mirada era burlona y Wulf sabía que, cuando estuvieran a solas, se reiría todo lo que pudiera de él. Pero no le importaba, porque Raine le había demostrado lo que sentía por él, sin darse cuenta, desde que le habían dado la paliza. Casi daba las gracias a Morten por ello.

—Por supuesto, Raine. Nosotros nos quedaremos en la planta de abajo hasta que llegue el momento de marcharnos. Así podremos vigilar la entrada y nos aseguraremos de que nadie que no

deba, suba aquí.

Se marcharon enseguida y ella comenzó a preparar las cosas que tenían que llevarse para el viaje, bajo la mirada atenta de Wulf.

—Raine —susurró. Ella dejó la bolsa de piel que estaba llenando con las pocas cosas que tenía y se acercó a la cama, entonces él golpeó suavemente con la mano la cama a su lado invitándola a sentarse y, cuando ella lo hizo, le preguntó:

—¿Qué quieres?, ¿necesitas algo? —Él cogió su mano sin previo aviso y la colocó sobre su corazón, recordándole el gesto que había hecho su padre antes de morir.

—Estoy bien, pero cuando me recupere, tenemos que hablar. —Ella mantuvo su mirada y decidió que ese era el momento que estaba esperando.

—Wulf, antes de que sigas, déjame que te diga que siento mucho lo que te dije...

Pero no pudo seguir porque él le puso un dedo en los labios para que no continuara hablando.

—No, no digas nada más, no quiero que lo hagas. Eso está olvidado, yo sabía que debía tener paciencia y no la tuve, pero estaba algo bebido y enfadado por la discusión con Morten, aunque eso no es excusa. —Ella lo miró extrañada.

—¿Te refieres a lo que hablasteis anoche?

—Sí.

—No quisiste decirme de qué hablasteis, ¿fue sobre mí? —Él la miró con una sonrisa tranquila y ella confirmó que lo que había ocurrido era por su culpa.

—¡Maldita sea!, lo siento, Wulf. —Agitada, iba a levantarse de la cama, pero él tiró con suavidad de su mano para que no lo hiciera.

—Tranquila, ya te he dicho que no es culpa tuya, olvídate de eso. Solo quiero que me prometas que hablaremos con tranquilidad cuando esté mejor. —Ella lo miró sintiendo que el corazón se le aceleraba bajo su mirada, sabiendo lo que quería decir.

—Está bien, pero... sigo pensando lo que te dije, yo... no creo que pueda llegar a ser una esposa normal. —Él volvió a poner su mano en su corazón y ella, sintiendo sus latidos, se fue calmando poco a poco.

—Eso no me importa, Raine, solo lo que me dice mi corazón y eso es que tú eres su elegida. ¿No sientes tú lo mismo? —Ella, sin previo aviso, lo abrazó con suavidad, recordando lo dolorido que estaba. Wulf besó su coronilla y acarició su espalda muy despacio—. Quiero que me cuentes a qué tienes miedo y lo superaremos juntos, mi amor. Tú eres lo más importante para mí, te lo aseguro y haré lo que sea necesario para que seas feliz. ¿De acuerdo?

Ella levantó la cara y Wulf la besó en la boca con suavidad.

Ella murmuró un sí, y enseguida se levantó y siguió recogiendo las cosas de los dos bajo la atenta mirada de Wulf que se mantuvo callado, preocupado por el viaje y enfadado porque no se podía mover por sí mismo, cuando su instinto le exigía protegerla. Afortunadamente, Lars había acudido rápidamente junto con Leif y Finn para ayudarlos.

Llegaron a la granja poco después de que amaneciera y encontraron a Ivarr, que había oído acercarse varios caballos, en la entrada, armado con su espada y preparado para pelear si fuese necesario. Raine no lo había visto, ya que iba sentada en la parte trasera del carro, junto a Wulf que estaba tumbado y aguantando como podía los dolores que le provocaban los baches del camino. Ella lo mantenía cogido de la mano, preocupada por su palidez, aunque él no se había quejado desde que lo habían subido los gemelos al carro. Cuando se detuvieron, Lars hizo que su caballo se colocara al lado de Raine y le dijo:

—Creo que deberías hablar con un hombre que nos impide el paso, va armado y me imagino que lo conocerás.

Wulf intentó erguirse, pero soltó un gruñido y volvió a dejarse caer tumbado, pero antes de hacerlo sujetó con una mano que estaba casi negra por los golpes, la de Raine, y le dijo a Lars:

—No quiero que ella vaya sola. —Lars intentó ser paciente con su amigo al ver su situación.

—Wulf, si es un trabajador de la granja, no querrás que alguno de nosotros vayamos a convencerlo.

Raine tiró de la mano para poder bajar, pero Wulf no la soltaba.

—Déjame, Wulf, por favor, debe de ser Ivarr. —Él le echó una última mirada y la dejó marchar, pero antes, pegó una voz a Lars al que ya no veía:

—¡Lars, acompaña!

Raine, que ya estaba en el suelo, puso los ojos en blanco y se dirigió a la verja de madera que había colocado su padre hacía muchos años, y tras la que estaba Ivarr con la espada en la mano derecha, preparado para el ataque, hasta que la vio y se relajó. Se acercó andando hacia ella hasta que los dos se fundieron en un largo abrazo que fue observado por los berserkers que esperaban pacientemente a que los dejaran seguir su camino.

## ONCE

Los días pasaban lentamente, como siempre ocurría en la granja de su padre donde nada interrumpía las tareas que había que realizar todos los días. Lars, Leif y Finn decidieron dormir en los establos, donde se prepararon unos camastros para estar cómodos. Wulf lo hizo en la habitación de su padre y los demás donde dormían habitualmente.

Mientras, Wulf se recuperaba rápidamente, y Raine pudo ver la fortaleza que había en su interior asombrándose día a día de lo que era capaz de hacer. Ella aprovechó esa época tranquila para revisar los documentos que Valar le había dejado y que la dejaron muy sorprendida, tanto, que tuvo que leerlos varias veces hasta estar segura de que había entendido lo que Valar quería y, cuando lo hizo, no le costó nada tomar una decisión. Después solo faltaba hablar con Sif, que cuidaba de todos y parecía muy feliz por la vuelta de Raine. Decidió llevársela a dar un paseo una tarde que Lars y Wulf estaban hablando a solas en su habitación.

—Vamos hacia el acantilado.

Sif había dejado un guiso preparado para la noche y salió de la casa limpiándose las manos en el delantal, pero Raine hizo que se lo quitara y que se pusiera una capa para que no pasara frío. Sif, demasiado a menudo, no se preocupaba de sí misma en su afán por cuidar de los demás.

Raine se mantuvo en silencio amoldando su larga zancada a la de Sif, que era más corta, mientras que las ideas que su padre le había comunicado después de muerto daban vueltas por su cabeza.

Todavía no se había repuesto de la sorpresa, al darse cuenta de lo ciega que había estado, pero, antes de nada, tenía que asegurarse de que su padre llevaba razón en sus sospechas.

Ambas, caminando sin hablar, se acercaron a la tumba de Valar y tocaron la piedra funeraria como muestra de cariño y respeto. Después, Raine señaló el borde del acantilado donde tantas veces se habían sentado de niñas para ver el mar.

—¿Nos sentamos un momento? —Sif la miró sorprendida, pero asintió y se acercaron al lugar, sentándose sobre la hierba y observando cómo el sol comenzaba a descender sobre el océano.

Raine se sentó cruzando las piernas y se giró a su derecha para poder ver de frente a su amiga, que la imitó.

—Sif, tengo que preguntarte algo. —La pelirroja sonrió y esperó. Raine carraspeó antes de decírselo porque nunca había sido buena con este tipo de cosas y decidió no dar vueltas e ir directa al asunto—. Verás, resulta que mi padre estaba convencido de que tú e Ivarr estáis enamorados. —Sif agrandó los ojos y comenzó a balbucir, pero Raine cogió su mano y continuó —: Espera, no digas nada todavía. Es asunto tuyo y si quieres puedes contármelo o no, pero te lo pregunto porque hay algo que tengo que decidir y me ayudaría mucho saber la verdad.

Sorprendentemente, su amiga agachó la cabeza, avergonzada y Raine lo supo.

—¿Es verdad! ¿Cómo he podido ser tan ciega? ¡Mi padre se dio cuenta y yo no!

Sif apretó los labios al ver su reacción y ahora ella fue la que la cogió por el brazo.

—Escucha, Raine, no sé cómo pudo darse cuenta, pero hasta hace poco, yo no supe nada de lo que sentía Ivarr por mí. Ni siquiera creo que él mismo lo supiera, hasta que nos hemos quedado solos.



—¿Ha sido durante estos días?, ¿te ha dicho que te quiere? —El rubor de felicidad de Sif le dijo todo lo que necesitaba saber y la abrazó impulsivamente. Desde que eran niños, ella siempre había querido a Ivarr, aunque él nunca parecía haberse dado cuenta.

—Y ¿qué queréis hacer?

Sif se mordió el labio, indecisa.

—Aún no lo sé, tampoco hemos hablado demasiado... —Raine sonrió porque la entendía perfectamente, ella tampoco se esperaba lo que le había ocurrido con Wulf y aún no sabía lo que haría, aunque tenía claro desde lo de la paliza, que no quería separarse de él. Y por el rubor de su amiga, estaba claro que Ivarr y ella, más que hablar, habían actuado. Al igual que Wulf y ella.

—Pero ¿tú qué quieres? —Sif, tímida como siempre, se encogió de hombros, pero Raine necesitaba saber—. Sif, mírame. —Lo hizo—. ¿Te gustaría tener un lugar para que pudierais vivir juntos?, ¿un hogar? —La luz que apareció en su mirada fue suficiente para Raine y asintió. Luego miró la tumba de su padre, visible desde allí, y, con una sonrisa, decidió—: Escucha, Sif. Mi padre me ha dejado una carta en la que me insinuaba lo que quería hacer con los terrenos de Erikson, ¿recuerdas que los compró hace un par de años?

—Claro, nos extrañó a todos porque llevaban sin venderse muchos años. Cuando vine aquí, esa granja ya estaba abandonada, ni siquiera conocí al dueño.

—Sí. —Raine volvió a mirar hacia las tumbas con una sonrisa soñadora—. Esta mañana he terminado de entender por qué compró esos terrenos. —Sif la miraba con curiosidad, sin imaginar lo que ocurría—. Valar adivinó, de alguna manera, lo que sentíais el uno por el otro y por eso compró las tierras de Erikson, para que tuvierais un hogar y así poder vivir juntos.

Sif abrió la boca, incrédula, y comenzó a balbucir:

—Pero ¿cómo?... no lo entiendo, tú sabes que yo siempre he querido a Ivarr, pero él no... —Raine movió la cabeza negativamente.

—No lo sé, Sif. Pero imagino que era el que mejor nos conocía a todos, ten en cuenta que era el único adulto con el que convivimos los tres y seguramente vio algo, que tú y yo no observamos en Ivarr. O habló con él. No lo sé, pero lo que me importa es saber si a ti te gustaría vivir en una finca tan cerca de la nuestra. Vais a tener que trabajar mucho hasta que esté en marcha, lo primero será construir una casa, pero cuenta conmigo para ayudarte en lo que necesites, por eso no te preocupes.

La cara de felicidad de Sif que pudo ver antes de que se lanzara a sus brazos, hizo que se sintiera muy contenta por ella.

—¡Sí, sí, muchas gracias! ¡Es como un sueño!, ¡poder tener nuestra casa junto a la tuya!

A la vez que Raine correspondía a su abrazo, miró con una sonrisa nostálgica la tumba de su padre y luego volvió la mirada hacia los acantilados y al mar.

—¿Ya se han ido? —Wulf se había levantado de la cama y ahora estaba, acompañado por Lars, en la pequeña sala de la casa donde se dejó caer sobre uno de los taburetes, con un gruñido y su amigo se sentó junto a él.

—No parece estar muy bien... —Wulf volvió una mirada fiera hacia él, que lo hizo sonreír—. Eso está mejor, pensaba que te habías vuelto manso como un corderito... —Rio a carcajadas al ver el ceño de su amigo.

—Estoy mejor, incluso puedo darte un escarmiento si insistes en reírte de mí —bromeó Wulf, ya que él mismo sabía que todavía no podía dar un escarmiento ni a un ratón—, pero como habrás visto, es preferible no llevarle la contraria a Raine o yo, al menos de momento, prefiero no

hacerlo.

—Ya. —Lars lo miraba sin decir nada, pero riéndose claramente de él en su interior.

—Si piensas que me molestas con esa sonrisa burlona, déjame decirte que, cuando encuentres a tu compañera y prefieras no discutir con ella mientras puedas para que no se disguste, yo seré el que se ría.

Lars al escuchar sus palabras, se puso serio.

—Quiero que sepas que estoy muy feliz por ti, amigo. —Wulf lo miró, algo afligido por él. Porque en el fondo pensaba que Lars lo merecía más que él y, sin embargo, él había sido el afortunado.

—Gracias, Lars, ya lo sé, y también sé que todo esto es, al menos en parte, gracias a ti, porque insististe en que fuera a Stavanger en tu lugar.

Lars sonrió brevemente antes de continuar con su pregunta.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—En cuanto esté mejor y pueda empuñar la espada, que creo que será en un par de días, tú y yo iremos a Stavanger y buscaré a ese cerdo para pedirle un holmgang\* Leif y Finn se quedarán, junto con Ivarr, cuidando de Raine y Sif.

\*Un holmgang era una antigua ceremonia vikinga que se utilizaba para compensar a un guerrero que se consideraba agraviado, y que se zanjaba con una pelea entre él y el que lo había injuriado. Al hombre que se negara a satisfacer el honor del que lo reclamaba, se le consideraba un cobarde en la sociedad vikinga.

—Es posible que se niegue. Es un cobarde.

—No lo hará si se lo pido en público, es demasiado orgulloso. —Lars se encogió de hombros, porque no estaba de acuerdo.

—Y ¿qué le vas a decir a Raine?

—La verdad, no puedo mentirle. Pero no quiero que nos acompañe, prefiero que se quede aquí. No porque no sea capaz de luchar, ya te he dicho que es tan buena como el mejor luchador que hayas visto, pero no quiero que se vea involucrada en todo esto o que se pueda llegar a sentir culpable. Aunque estoy seguro de que no estará de acuerdo.

Lars escuchó en silencio el resto de los planes de Wulf.

Raine estaba muy contenta esa noche cuando le llevó la cena a Wulf, él ya podía levantarse y había empezado a pasear despacio, y era cuestión de pocos días que estuviese bien. No sabía qué sentir respecto a eso porque no quería pensar en su posible marcha, y era algo que todavía no habían hablado. Sabía que tenían que hacerlo, pero ella siempre se había escabullido cuando él había iniciado la conversación, lo que le hacía sentirse un poco cobarde. Pero esa tarde no pudo hacerlo porque Ivarr y Sif habían salido a cenar a casa de unos vecinos y Lars, Leif y Finn estaban practicando con la espada en el campo y no volverían en bastante rato. De hecho, Wulf les había dicho que no se les ocurriera aparecer por la casa esa noche.

## DOCE

Cuando Raine apareció con la cena, él la esperaba de pie y, quitándole la bandeja, la dejó en la mesa; luego, la cogió de la mano y la llevó hasta la cama donde se sentó, e hizo que ella lo imitara.

—Estamos solos, Raine. Ha llegado el momento de que hablemos.

Ella lo miró a los ojos y contuvo una exclamación al ver que, de nuevo, se habían vuelto intensamente azules y se mordió el labio, nerviosa.

Wulf, mantuvo la mano de ella entre las suyas mientras hablaba.

—He pensado mucho sobre por qué no quieres emparejarte conmigo, por ser un berserker. — Ella abrió la boca para justificarse, pero él alargó la mano libre y le acarició la mejilla suavemente, en un gesto tan cariñoso que ella enmudeció—. Sé que lo que te da miedo es la intensidad de los sentimientos que tenía tu padre hacia tu madre y lo que sintió cuando la perdió, ¿es así?

Ella dudó unos segundos, pero tenía que ser honesta.

—Sí, me contó que fue muy duro. Mi padre nunca volvió a ser feliz y eso que me tenía a mí. Por supuesto, tenía momentos en los que estaba más contento, pero nunca volvió a ser feliz.

—Es normal, cuando un berserker encuentra a su compañera... lo que tú eres para mí —ella lo miraba con los ojos como platos—, siente que, por fin, su búsqueda ha terminado. Aunque en mi caso y creo que en la de la mayoría de los berserkers, esa búsqueda es inconsciente. Yo nunca creí que te encontraría, ni siquiera supe hasta hace poco, que existía la posibilidad de que los berserkers fuéramos felices. Por eso te puedo asegurar que Valar fue un hombre afortunado.

Ella frunció el ceño, indignada.

—¿Afortunado? —Intentó retirar la mano, pero Wulf no le dejó hacerlo.

—Sí, Raine. Tu padre conoció la verdadera felicidad, encontró al amor de su vida y, además, tuvo la suerte de tenerte a ti y estoy seguro de que estaba tremendamente orgulloso de su hija. Yo daría años de mi vida por poder tener lo que tu padre consiguió en su vida, y no me puedo creer que rechaces todo eso por miedo

—No es por miedo.

—Sí lo es, Raine, creo que tienes miedo a lo que puedes llegar a sentir y por eso te estás negando a vivir. —Ella había agachado la cabeza, pero él levantó su barbilla con la palma de la mano—. Hasta que me dieron la paliza, creí que sería muy difícil conseguir que sintieras algo por mí. Creía que me deseabas, pero nada más, pero después de eso me di cuenta de que ya me querías, quizás no tanto como yo a ti porque ya no podría vivir sin ti, pero cuando me desperté en la habitación, supe que me habías mentido al decirme que solo querías sexo conmigo.

Incapaz de resistirse durante más tiempo, Raine se abrazó a él apoyando la cabeza en su pecho.

—Te prometo que nunca te dejaré, amor mío, y si los dioses deciden que me vaya antes que tú, te juro que te estaré esperando al otro lado hasta que volvamos a estar juntos —mientras hablaba, acariciaba su largo cabello, suave como la seda. Luego, levantó su cara para poder besarla y sellar así su promesa.

Al principio, su beso fue tierno, pero poco a poco, se fue volviendo más apasionado hasta que

los dos gimieron. Raine se aferró a sus hombros sin poder negar durante más tiempo lo que sentía y Wulf la cogió en brazos sin esfuerzo, tumbándola en la cama y colocándose sobre ella para continuar besándola y se sumergieron en su deseo dejando de existir todo lo demás.

A Raine se le puso la piel de gallina cuando Wulf comenzó a desvestirla, entonces, ella tuvo un momento de cordura y le preguntó:

—¿No vendrán Lars o los gemelos?

Él negó con la cabeza, porque casi no podía hablar ya que toda su energía estaba concentrada en ella. Todo su cuerpo vibraba por la energía contenida y su respiración se había vuelto agitada, aunque sus fuertes manos la trataban con suavidad. Acariciaba sus piernas y su torso con adoración logrando que ella se sintiera más deseada que nunca, y ella también lo anhelaba con la misma fiereza. Sentía su cuerpo flexible y dispuesto para Wulf y por fin había aceptado la verdad: que él era su destino.

La luz del sol de la tarde entraba a través de la ventana de la habitación, y en el aire flotaba el olor especiado de Wulf y ella lo inspiró, agradecida por poder tenerlo junto a ella. Él, mientras, respiraba deprisa, con urgencia, al tiempo que se inclinaba pesadamente contra ella para abrirse paso hacia la suave blandura de su cuerpo. Hundió los dedos en su mata de pelo y le sostuvo la cabeza con sus manos grandes y poderosas para mantenerla quieta y poder incursionar lo más profundamente posible en su boca. Estaba muy excitado, su erección estaba dura como el mármol y presionaba contra el vientre de Raine. Ella gemía contra su boca, moviendo sus caderas, deseosa, contra él, intentando elevarse lo suficiente para acomodar aquella gruesa protuberancia en el hueco de su entrepierna. Se sentía vacía y cada vez más húmeda por el deseo de tenerlo muy dentro. Wulf se levantó y se desnudó rápidamente, sin dejar de observarla ni un momento y ella mantuvo su mirada y las piernas abiertas, para poder acogerlo lo antes posible entre ellas. Cuando volvió a ella, Raine hundió sus dedos en sus hombros y luego acarició su espalda y sus costados, mientras él seguía besándola como si no pudiera conseguir lo suficiente de ella. Raine notaba los pechos tensos y los pezones duros, reclamando su atención.

Wulf separó su boca de la de ella buscando aire, mientras que su pecho se movía igual que un fuelle y tomó sus dos senos en las manos para masajearlos con fuerza y el placer que ella sintió fue intenso, pero necesitaba más. Lo necesitaba dentro.

Wulf conocía su deseo porque era el mismo que sentía él y le pasó un brazo por debajo de la espalda, para levantar su torso hacia él con una demostración de fuerza enorme e hizo que su boca resbalara por sus pechos dejando un rastro de humedad allí por donde iba pasando los labios. Después succionó uno de sus pezones con fuerza provocando que Raine se arqueara contra él, y agitara las piernas por el intenso placer que sintió en la entrepierna. Pero Wulf la sujetó con firmeza, apretando su cadera contra la cama y frotando su miembro erecto contra el suave pliegue de Raine. La descarada sexualidad de sus movimientos desató una llamarada en ella, que sintió como si su cuerpo se despegara de la tierra y comenzara a volar en buscar del clímax que había sentido solo una vez, junto a Wulf. Aunque no quería que aquello terminase tan pronto, no pudo evitarlo y enseguida aparecieron las contracciones que la hicieron gritar de placer y se dejó llevar por ellas, mientras Wulf seguía lamiendo sus pechos, buscando intensificar su placer.

Cuando todo terminó, ella se quedó desmadejada entre los brazos de Wulf y, cuando volvió a ser consciente de lo que la rodeaba vio que él la observaba tiernamente, apoyado en los antebrazos, mientras el punto donde su miembro presionaba contra la entrepierna de ella, seguía duro y ardiendo, lo que le indicaba que él todavía no había terminado. No era la primera vez que Wulf le demostraba su generosidad y que siempre pondría el placer de ella por delante del suyo, y

lo besó agradecida, tomando la iniciativa por primera vez. Como respuesta, sintió la confusión en él y un estallido de felicidad que se expandió desde su musculoso cuerpo hasta el de ella, y correspondió a su beso con más pasión que nunca mientras sentía crecer la tensión en la parte inferior del cuerpo.

Entonces, notó que él apoyaba ligeramente las manos en sus muslos para abrírseles aún más y Raine lo ayudó inspirando profundamente. Oía su propia respiración jadeante aguardando la embestida que llenaría su vacío y que aplacaría el deseo de los dos. Wulf sujetó su miembro y empezó a buscar los pliegues de Raine para entrar en ella.

—Necesito entrar en ti, Raine —murmuró de forma ininteligible, en un tono áspero y grave que no era su voz habitual, al tiempo que alzaba un poco a Raine por las nalgas para ajustar su posición—. Déjame hacerlo, pequeña.

Sus manos se movían con seguridad sobre su carne y encontró con facilidad la hendidura blanda y húmeda, e introdujo un dedo en ella para comprobar su humedad antes, para estar seguro de que no la dañaría. Raine se estremeció al sentirlo, con los brazos fuertemente ceñidos alrededor de su cuello, mientras aquel largo dedo frotaba tejidos de exquisita sensibilidad y provocaba sacudidas eléctricas de placer con sus caricias; Wulf juró con una excitación salvaje y, sin poder esperar más, retiró el dedo y guio la ancha cabeza de su pene entrando en ella de una embestida.

Durante largos segundos, los sentidos de Raine quedaron reducidos al retumbar de su corazón y al intenso martilleo del cuerpo de Wulf dentro del suyo. Se aferró a él cruzando las piernas por detrás de su espalda en un intento por ayudarlo, mientras seguía acariciando sus hombros y escuchaba sus roncós gruñidos. En un momento dado, Wulf ajustó su posición enganchando los brazos por debajo de sus muslos, provocando que se sintiera totalmente abierta y que sus sentidos rozasen el dolor, entonces, él buscó el pequeño capullo en la parte superior del sexo de Raine y lo acarició con suavidad.

Raine sintió un calambre que le recorría el cuerpo y que se concentró entre sus piernas, sin defensa alguna contra aquella oleada de sensaciones, y Wulf, decidido a conducirla a un nuevo orgasmo, no dejó de entrar en ella hasta conseguirlo y, en cuestión de segundos, gritó más fuerte que la vez anterior al sentirse de nuevo liberada, y arqueó todo el cuerpo estremeciéndose en los gentiles brazos de Wulf. Aquella sensación continuó sin cesar, con tal intensidad, que no fue consciente de nada más, sintiéndose capaz de seguir respirando solamente. Sus espasmos apenas habían comenzado a ceder cuando comenzaron los de él, que se sacudió violentamente al sentirlos, con la cabeza echada hacia atrás y el cuello en tensión y vibrando. Un gemido ronco y profundo le nació del pecho y se repitió una y otra vez al ritmo del bombeo de sus caderas, y que finalizó cuando la besó de nuevo, esta vez tiernamente.

Después, durante largo rato, permanecieron en silencio, solo interrumpido por el sonido de sus respiraciones que se fueron normalizando poco a poco. Raine seguía aturdida cuando Wulf salió de ella y se tumbó de costado, mirándola, y siguió mirando al frente sin saber muy bien qué decir. Sus cuerpos, sudorosos, estaban increíblemente relajados y ella se sentía tan entumecida como si acabara de pelear en una batalla.

Wulf, cuando se recuperó, la abrazó y ella pudo sentir su corazón retumbar contra su pecho, latiendo pesada y lentamente. Él, sin embargo, sintió, dolido, el cuerpo delgado y a la vez fuerte de Raine temblar, a pesar de que su único deseo era hacerla feliz.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —Ella ocultó su cara en el cuello de él intentado dominar sus temores y negó con la cabeza, pero Wulf insistió—: Dímelo, no hay nada que no puedas

comentarme.

—Me siento tan frágil en este momento, es muy difícil aceptar que tu felicidad está en manos de otra persona. —Levantó la cabeza y lo miró, casi enfadada.

Él sonrió y le robó un beso, luego notando que se estaba enfriando, tiró de las sábanas para taparlos a los dos, antes de contestar:

—Eso lo siento yo desde que te conocí, porque mi única posibilidad de felicidad depende de ti, Raine.

Ella se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos sin saber qué decir hasta que asintió poco después, antes de volver a poner la cabeza sobre su pecho y seguir escuchando los tranquilizadores latidos de su fuerte corazón, durmiéndose arrullada por ese sonido. Y Wulf, a pesar de saber que ya se había dormido siguió acariciándola, disfrutando del placer de tenerla entre sus brazos.

## TRECE

Al día siguiente, Wulf y sus amigos empezaron a construir una casa en la antigua granja de Erikson, para Sif e Ivarr. Este último, cuando terminó las labores diarias en la granja de Raine, se acercó para ayudarlos. Raine y Sif se quedaron solas en la cocina.

Las dos mujeres estaban en la cocina, Sif cocinando y Raine limpiando a fondo la espada de su padre, ya que estaba sin usar desde hacía mucho tiempo, porque era demasiado pesada para ella. Estaba ensimismada pensando qué sería lo que ocultaban Wulf y Lars a los que había pillado un poco antes conversando en voz baja y, en cuanto ella se había acercado a ellos, se habían callado. Entonces, Sif se sentó junto a ella y, Raine, pasados unos segundos al darse cuenta de que la miraba sin decir nada, levantó la vista y se extrañó al ver su cara de preocupación.

—¿Qué pasa?

Sif jugueteaba con el trapo que tenía siempre para secarse las manos.

—Me preocupa cómo te las vas a arreglar aquí sola, cuando no estemos nosotros.

Raine sonrió.

—Tranquila, hablaré con algún chico del pueblo para que me ayude.

Su amiga torció el gesto y Raine dejó la espada sobre la mesa y se limpió las manos de aceite, antes de coger una de sus pequeñas manos entre las suyas.

—Dime la verdad, Sif, ¿no quieres irte a tu nueva casa?

—Sí que quiero, tú precisamente sabes que es lo que he querido siempre, pero...

Raine creyó entender.

—¿Tienes miedo?

—Miedo, no. —Esa palabra había sido siempre la peor de las flaquezas para Sif y nunca quería reconocer que lo sentía.

—Sif, mírame. —La pelirroja lo hizo y Raine suavizó su voz—. No es vergonzoso tener miedo, lo que hay que intentar es que no te impida hacer lo que deseas. Tú quieres a Ivarr y él te quiere a ti, a menos que me digas que eso no es cierto, no veo la razón por la que no te debas ir a vivir con él en cuanto tengáis vuestra nueva casa.

—¿Y tú te vas a quedar aquí, sola? —Raine se mordió la lengua para no decir lo que realmente quería que pasara, pero su amiga ya se había dado cuenta—. ¿O estás pensando en tomar tu propia pareja?

—No lo sé, Sif. Si te digo la verdad, por primera vez en mi vida, no sé qué hacer. —Al menos, su amiga había vuelto a sonreír.

—Valar sabía que encontrarías a alguien como Wulf.

Raine abrió los ojos como platos al escucharla.

—¿Te lo dijo alguna vez?

—Poco antes de morir, pero me dijo que no te dijera nada hasta que no lo conocieras.

—¡Cuéntame qué te dijo exactamente! ¡Por favor!

Sif la miró encantada al ver cómo esperaba su relato, ilusionada como si fuera una niña y asintió.

—Fue un día que tú habías salido a cabalgar y yo le llevé el desayuno, me pidió que me sentara y me dijo que se iba tranquilo porque tú no te quedabas sola, ya que Ivarr y yo nos

quedaríamos contigo. Me extrañó que dijera eso porque él sabía que Ivarr siempre había dicho que se iría en cuanto él muriera. Decía que quería viajar.

—Sí, siempre lo ha dicho.

—Sí. Entonces, me dijo que había soñado con tu madre meses antes, al principio de su enfermedad, cuando él estaba muy preocupado por dejarte sola y que ella le había tranquilizado diciendo que tú encontrarías al berserker que te estaba destinado en el camino hacia Stavanger, y que eso ocurriría en un viaje que harías cuando Valar muriera.

Raine se quedó boquiabierta varios segundos.

—¿Por eso le dejé aquellos documentos a Gerhard? Todo este tiempo he pensado que me los podía haber dado tranquilamente antes de morir, o dejármelos en un sobre para que lo abriera después.

—Sí, por eso lo hizo así.

—¡Qué listo era!

—Sí, y te quería mucho.

—A ti también, Sif, fíjate que parte de la carta que me dirigió fue para asegurarse de tu felicidad y la de Ivarr. —Sif se ruborizó de felicidad, aunque Valar siempre le había hecho sentir que formaba parte de esa familia. Raine, entonces, recordó algo—: Sif, no te preocupes por mí, yo encontraré mi camino, ahora estoy segura y, si en algún momento necesitas volver aquí, por el motivo que sea, esta siempre será tu casa.

Sif asintió con lágrimas en los ojos y se levantó para abrazarse a ella, y las dos permanecieron unidas en ese abrazo durante largo rato.

Después de que todos comieran juntos en la pequeña cocina, Wulf le pidió a Raine que saliera con él a dar un paseo y, por su cara, ella supo que iba a contarle algo que no le iba a gustar. Lo llevó hacia el bosque porque ya conocía los acantilados y quería que, poco a poco, fuera conociendo toda la zona. Caminaban cogidos de la mano, algo que a ella le costaba cada vez menos.

—Raine. —Ella se detuvo y se agachó para coger un diente de león que sopló para que se desmenuzara en el aire, luego tiró el tallo y miró a Wulf, esperando—. Ya estoy recuperado y hay algo que debo hacer antes de que empecemos nuestra vida juntos. —Ella se mordió la lengua para no decirle, con su antiguo genio, que todavía no había aceptado vivir con él porque antes ansiaba saber lo que tenía que comunicarle él—. Es imposible para cualquier soldado o guerrero y tú lo entenderás muy bien, que deje sin castigo lo que Morten me hizo, me debe una compensación.

Ella, en el fondo lo esperaba.

—¿Vas a pedirle un holmgang?

—Sí. —Ella asintió apretando los labios, que se convirtieron en una fina línea—. Lo entiendo, yo haría lo mismo. Está bien, déjame que prepare mis cosas. ¿Cuándo quieres que salgamos a Stavanger?

Wulf la miró con una cara extraña, como si tuviera que hacer algo en contra de su voluntad, pero no tuviera más remedio que realizarlo.

—No quiero que vengas conmigo.

Raine dio un paso atrás, porque el efecto que sus palabras habían tenido sobre ella era como las de una bofetada inesperada. Al ver su expresión, él se adelantó y cogió sus manos mientras que ella intentaba entender qué había hecho para que la insultara de esa manera. Entonces, tiró de sus manos porque solo quería marcharse de allí para quedarse a solas, e intentar averiguar si era posible que se hubiera equivocado tanto con él.



—¡Escucha, Raine! —Al ver que no lo miraba y sintiendo lo que estaba pensando, la tomó de los hombros sacudiéndola ligeramente para llamar su atención—. ¡Escúchame! —Ella lo miró, finalmente, con una tristeza tan grande en la mirada que él no pudo menos que abrazarla, aun en contra de su voluntad, consolándola—. No te pongas así, ¿cómo puedes dudar de mí de esta manera? ¡Eres la única persona a la que he dejado que vea lo que hay dentro de mí! —Se apartó un poco para que viera su alma asomando en sus ojos—. Raine, todo lo que soy y todo lo que tengo es tuyo, ¿entiendes? —ella asintió, aunque seguía sin comprender—, pero conociendo lo tramposo que es Morten y los extremos a los que puede llegar, no quiero que te pongas en peligro acompañándome. Tú eres demasiado noble para luchar con alguien así.

—Pero tú solo no vas a poder vigilar si te tiende una trampa...

—No estaré solo. Lars viene conmigo, pero los gemelos se quedarán con vosotros, por si acaso.

—Es mejor que yo también vaya.

Él no dijo nada, pero en su semblante Raine vio que no lo permitiría y ella se sintió hervir de indignación porque él decidiera sobre su vida. Nadie tenía derecho a hacer eso. Al ver su expresión de rebeldía, él volvió a abrazarla y no dejó que se escabullera de sus brazos a pesar de su enfado.

La conocía mejor de lo que ella mismo creía, ya que Wulf se fue a la mañana siguiente, después de que estuvieran haciendo el amor toda la noche y sin darle una oportunidad para convencerlo. Cuando se despertó, más allá de las diez de la mañana, Sif le dijo que se habían marchado a las seis, más o menos y, cuando Raine dijo que tomaría algo de desayunar y los seguiría, su amiga se puso ante ella y le dijo:

—¿No has pensado que, si te ve allí, o siente que estás cerca, se puede distraer y necesita sus cinco sentidos para pelear contra Morten? —Sif se encogió de hombros—. No sé cómo lucha Wulf y, aunque Lars me ha dicho que es mortal con la espada, recuerdo que tu padre decía lo mismo de Morten. Quizás la mayor prueba de tu amor hacia él sea, en este caso, mantenerte apartada como él te ha pedido que hagas.

Eso que le dijo su amiga le dio mucho que pensar hasta que tuvo que reconocer que tenía razón. Decidió quedarse en casa esperando a que Wulf volviera a ella, aunque también dispuso que tendrían una buena discusión si se pensaba que siempre iba a hacer lo que él quisiera.

Wulf y Lars habían preguntado por Morten en casa de su suegro y los habían acompañado a una habitación llena de documentos que reposaban en oscuras estanterías pegadas a las paredes, y en el centro había un escritorio donde estaba sentado Arne Gottfridsen, el hombre más poderoso de la ciudad. Wulf, extrañado, se adelantó para hablar con él, mientras que el sirviente que los había acompañado hasta allí cerraba la puerta detrás de ellos.

—Buenos días, Gottfridsen, creo que hay un error porque hemos venido a ver a Morten.

Su anfitrión, sin contestar de momento, señaló las dos sillas que había libres delante de su escritorio. Y comenzó a hablar:

—Hace días que esperaba tu visita. Cuando te conocí en la catedral no me pareciste el tipo de hombre que dejara pasar, sin más, lo ocurrido en los establos. Quería haber hablado contigo hacía días, pero a pesar de que he dado orden de que te buscaran por toda la ciudad, ninguno de mis hombres ha sabido decirme nada de ti. Como si te hubieras esfumado. —A Wulf no le interesaba nada de lo que pudiera decirle aquel hombre, solo el paradero del cobarde de Morten.

—¿Vas a decirme dónde está Morten? —Al ver la mirada de Gottfridsen, supo que habían

hecho el viaje para nada y que no podría luchar contra él.

—Desgraciadamente para él, murió repentinamente hace cuatro días. Ha sido terrible para mi hija. Afortunadamente, mis nietos son muy pequeños todavía para darse cuenta de la pérdida. Esperemos que mi querida Brigitta, con el tiempo encuentre un hombre que verdaderamente la merezca.

Lars y Wulf se lo quedaron mirando, entendiendo perfectamente, sin necesidad de palabras, lo que aquel hombre les estaba queriendo decir: que él se había encargado de acabar con la vida de su yerno, cansado de sus excesos. Poco después se despidieron y volvieron a la granja.

Antes de emprender el galope, cuando estaban a solas en el camino, Lars le hizo una pregunta que le había rondado la cabeza durante todo el día.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que no has querido que viniera Raine?

Wulf se encogió de hombros antes de responder:

—Precisamente por Gottfridsen. Es demasiado poderoso y no sabía si, por el capricho de Morten hacia ella, pudiera llegar a tener ganas de vengarse. Que no viniera era la única manera de asegurarme de que Raine no se vería involucrada en todo esto. —Fijó la vista en el horizonte, en dirección a la granja que estaba a pocas horas de viaje—. ¿Vamos?

Lars asintió y puso su caballo al galope, seguido por el de Wulf.

## EPÍLOGO

Gerhard les había guardado dos lugares en el tercer banco de la catedral junto a su hija. Cuando estuvieron acomodados, Raine levantó la cabeza intentando ver a Lars, pero le era imposible y susurró en el oído de Wulf:

—¿Tú puedes verlo? —Wulf entrecerró los ojos elevando algo la cabeza y asintió con una sonrisa—. ¿Cómo está?, ¿parece nervioso?

Su berserker, con una mirada burlona, le devolvió el susurro:

—Menos que Finna.

Era cierto, la hija de Gerhard, desde que había conocido a Lars, estaba tan excitada que su padre la había amenazado diciéndole que, si no se tranquilizaba, la mandaría de vuelta a casa.

Raine miró hacia atrás al escuchar un fuerte murmullo. Asombrada, vio que detrás de la veintena de bancos que estaban repletos, todo el espacio estaba lleno de personas que habían venido desde todos los puntos de la región y que permanecían de pie, esperando a que el gran Lars Belleck comenzara a tocar. Cuando volvió a mirar hacia delante, pudo ver unos rayos azules y rojos que caían junto a su pie provocados por el sol que finalmente había decidido salir y que atravesaba las vidrieras de colores.

Por fin, Gerhard recorrió los pasillos pidiendo silencio, los murmullos cesaron y las respiraciones de todos se aquietaron, esperando. Y la magia comenzó.

Wulf volvió a ver a su amigo acunar entre sus brazos un instrumento que él mismo había fabricado y comenzar a tocarlo con los ojos cerrados y una sonrisa melancólica en la boca. Las notas se elevaban en el aire y volvían a caer hasta llegar a los oídos de todos los presentes, calmando y emocionando por igual. Provocando que sus corazones se entusiasmaran y sufrieran a la vez y que, muchos de ellos, lloraran sin poder evitarlo. Ese era el gran talento de Lars, aunque él no fuera consciente de ello.

El tiempo que estuvo tocando se hizo muy corto, aunque luego se darían cuenta de que había sido algo más de media hora y, cuando terminó, dejó el arpa sobre el soporte que él mismo había construido y todo el mundo presente estalló en aplausos como nunca se habían escuchado en una catedral. Lars, mirándolos a todos con su cara medio quemada, se inclinó ligeramente, sin saber qué más hacer. Aquello solo consiguió que todo el mundo continuara aplaudiendo durante largo rato. Finna, que se había puesto de pie con dificultad ayudada por Asdis, también aplaudía entusiasmada, mientras que unas lágrimas de felicidad recorrían sus mejillas.

Raine, con el corazón desbordado de amor, se agarró del brazo de Wulf y confesó en su oído:

—Te quiero, Wulf.

Él detuvo su enérgico aplauso y, con una enigmática sonrisa, cogió su mano y la puso sobre su corazón y ella sintió que su corazón se desbordaba.

Por fin había entendido que era mejor sufrir por perder a alguien que se ha amado, que no conocer nunca la felicidad que solo da el amor verdadero.

FIN



¡Hola!

Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela

Quiero invitarte a participar en un SORTEO que realizo solo con mis lectores, para ganar una de mis NOVELAS GRATIS (puedes elegir la que quieras cuando ganes).

Si estás interesado o interesada solo tienes que ir al enlace [www.margottechanning.com/sorteo](http://www.margottechanning.com/sorteo) y rellenar con tu nombre, correo electrónico y muy importante, ¡el código secreto! "SORTEORAINE"

A final de mes realizaré el sorteo y te mandaré un correo con el ganador.

Muchas gracias por tu atención, y ¡buena suerte!

Margotte Channing

[www.margottechanning.com](http://www.margottechanning.com)



Copyright © 2019 Margotte Channing  
Todos los derechos reservados.